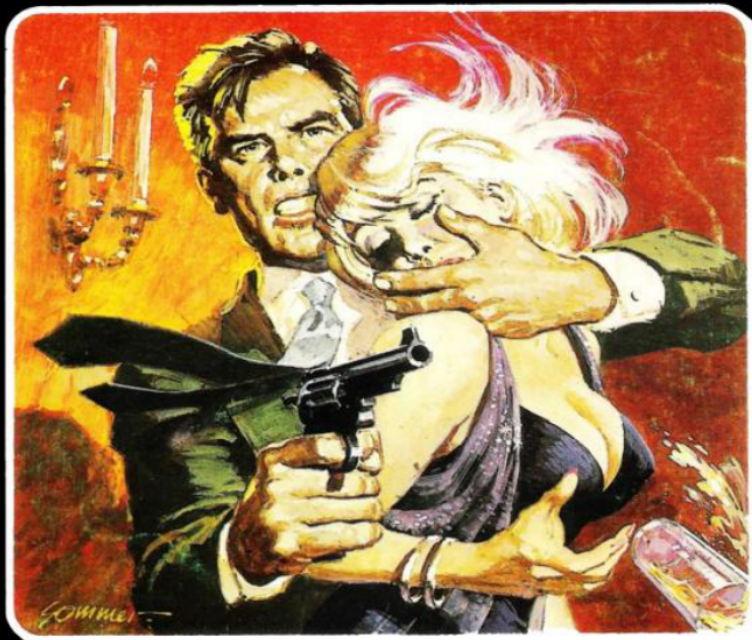
NOVELA INEDITA

Serie terror
THANATOS

Larry Hutton

La subasta



EDICIONES FORUM

Larry Hutton

La subasta

EDICIONES FORUM

1.ª edición: enero, 1985
Lista edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Larry Hutton
© Cubierta: Sommer - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-054-6
Depósito Legal: B-44-1985
Fotocomposición: Catalana de Fotocomposición, S. A.
Consejo de Ciento, 500. 08010 Barcelona
Impresión: T. G. Soler, S. A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, enero 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

LA FUGA

CAPÍTULO 1

Todo había resultado más fácil de lo que yo esperaba.

—¡No hay como tener buenos amigos! —me repetía a menudo mi compañero de celda Rod Marley, un viejo reincidente al que sólo le faltaban dos meses para salir en libertad.

Ese comentario era motivado por la ayuda que yo recibía desde el exterior, consistente en dinero, tabaco, libros y otras menudencias, que hacían más soportable mi encierro en Kingston, la cárcel de máxima seguridad recién inaugurada.

De cumplirse la sentencia de aquel empelucado magistrado de la Corona, yo no saldría de aquel lugar sino, como suele decirse, con los pies por delante.

La condena era a perpetuidad.

—¿Podrás soportarlo, Bob? —me preguntó el viejo Marley, mientras, convulsionado por la tos, encendía un cigarrillo que yo le había ofrecido.

—Bueno —repliqué, cambiando de postura en mi litera—, aquí no se está mal del todo.

—¿Estás hablando en serio, Bob?

—Sí, claro.

Y solté una carcajada al ver la expresión de completo desconcierto del viejo.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Treinta y cinco —le respondí.

—Y te han condenado a cadena perpetua, ¿no?

—Sí.

—¡Maldita sea! —exclamó Marley, convencido de que le estaba tomando el pelo—. Aunque esto fuera un hotel de cinco estrellas, si me dejaran elegir, yo no pasaría en él ni una sola noche.

—Te has pasado media vida en cárceles peores, Marley.

—¿Peores que ésta? —carraspeó el viejo, cuyo cigarrillo se había

consumido hasta el filtro—. No, muchacho.

Arrojó la colilla en la taza del inodoro y empezó a hablar antes de que yo pudiera decir nada.

—Sí, ya sé que ésta es una cárcel nueva, sin humedades, sin ratas ni parásitos y provista de todos los adelantos modernos. Pero le falta algo importante.

—¿Qué? —pregunté.

—Calor humano, Bob.

Sonreí.

—¿Calor humano en una cárcel?

—¿Por qué no?

El viejo Marley tenía, sin duda, un concepto un tanto extraño de las cosas. A menudo, su peculiar forma de enjuiciar los más nimios acontecimientos nos enzarzaba, por culpa de nuestra disparidad de criterios, en bizantinas discusiones.

Pero en aquella ocasión decidí seguirle la corriente.

—Sí —dije—, tal vez tengas razón.

—¡Claro que la tengo, muchacho! —exclamó, un tanto sorprendido de mi asentimiento. —Aquí todo es muy limpio, muy aséptico, muy moderno. Las entrevistas en el locutorio se celebran a través de un videoteléfono; las puertas de las celdas se abren y cierran electrónicamente; se nos vigila mediante sofisticados «chivatos»; se archivan nuestras fichas en una computadora y se nos imparten las órdenes por altavoz…

—Los tiempos cambian, Marley —sonreí, mientras le ofrecía otro cigarrillo, a sabiendas de que mi generosidad iba a provocar otro concierto de toses y carraspeos.

—¡Bah! —Gruñó.

—¿Cuánto tiempo hace que estás encerrado, Marley?

—Si te refieres a mi último período de alojamiento por cuenta del Estado, diez años.

—¿Y vas a salir?…

—Dentro de dos meses.

—¡Diez años! —exclamé, mientras él encendía el cigarrillo—. Eso es mucho tiempo, Marley. Cuando te pongan en libertad, te darás cuenta de que el resto del mundo también ha cambiado, amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora todo funciona como la cárcel de Kingston.

—¿De veras?

—¡Seguro, amigo!

—¡Hum! —Movió la cabeza el viejo recluso—. No creo que eso me guste, Bob.

—De todos modos, la libertad es algo estupendo.

—Sí, claro —murmuró Marley—. Me imagino que tú preferirías estar en mi lugar, muchacho.

—¡Oh! —dije—. Yo tampoco voy a estar mucho tiempo aquí, ¿sabes?

—¿Confías en un indulto?

—¿Indulto para un tipo como yo? ¿Indulto para un fulano que se ha cargado a dos policías?

—Entonces…

—Voy a fugarme, Marley —dije con la misma naturalidad que si le estuviera hablando de los últimos resultados de la Liga de fútbol.

—¿Fugarte, muchacho?

—Sí.

—¿Fugarte de la cárcel de Kingston?

Yo asentí, mientras él me miraba como si estuviera en presencia de un perturbado.

—Deja de soñar, Bob —me dijo—. Este lugar está construido a prueba de fugas.

—Eso dicen —sonreí—. Pero a lo mejor me largo antes que tú.

El viejo me puso la mano en el hombro y me miró con expresión de lástima.

Fue el contacto de su mano en mi hombro lo que me hizo experimentar de nuevo aquella sensación que yo tanto temía.

Hacía mucho tiempo que no me había ocurrido, pero…

El viejo se tendió en su camastro y yo me senté en el mío observándolo.

La celda se oscureció de pronto, como envuelta en una densa neblina.

El viejo Marley seguía allí, tendido, con las manos cruzadas sobre el pecho; pero ya no estaba descansando en el camastro, sino encerrado en el interior de un ataúd.

Cerré los ojos, pero en mi mente pude «ver» las imágenes de lo que iba a ocurrir dentro de tres días.

Las puertas de la cárcel se abrían para dejar paso al coche mortuorio que conducía el cuerpo sin vida de mi compañero de celda. El coche, bajo la lluvia otoñal, enfiló la carretera de Wimbledon, camino del cementerio.

»—¡Pobre diablo! —oí exclamar a uno de los funcionarios congregados en el patio—. Le faltaban menos de dos meses para salir en libertad.

»—Fue un infarto, ¿no?

»—Sí.

Luego, en un rápido fundido, vi cómo el ataúd era introducido en la fosa, mientras un Pastor rezaba un responso.

Al abrir los ojos, pude observar cómo Marley, tendido en el camastro, dormía apaciblemente.

Todo había sido una visión.

Nada había ocurrido todavía, pero yo sabía que mi maldita premonición se cumpliría punto por punto.

Yo, Bob Powell, era uno de esos tipos que son capaces de tener un conocimiento supra normal de un hecho futuro.

Me había dado cuenta de ello desde muy pequeño, cuando iba a la escuela.

Ese extraño poder me había proporcionado algunos disgustos, y por eso procuraba ocultarlo.

Por fortuna, mi hipersensibilidad sensorial no se producía muy a menudo. Y a veces, a costa de un gran esfuerzo, conseguía apartar de mi mente las escenas de un hecho que iba a suceder o la visión de algo que había ocurrido en el pasado.

Ya sé que hay mucha gente que no cree en tales cosas.

Pero yo, lamentablemente, no podía mostrarme escéptico ante una realidad que tantas veces había comprobado.

Sin embargo, había algo muy curioso en aquel fenómeno de crisptestesia: sólo podía percibir, premonitoriamente, cosas y hechos que iban a ocurrir o habían ocurrido a otras personas y no a mí mismo.

Volví a mirar al viejo Marley, tendido en su camastro y me estremecí de espanto.

El fenómeno continuaba.

Mi compañero estaba tendido en el ataúd. La tapa estaba cerrada, pero yo podía observar, a través de las maderas de la

fúnebre caja, cómo el cuerpo de Marley, en estado de descomposición, era devorado por los gusanos.

—¡Basta! —Casi grité.

Marley abrió los ojos, medio adormilado todavía, y me miró con extrañeza.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—Nada —respondí.

Me levanté y abrí la espita del lavabo para refrescarme el rostro.

—¿Estás enfermo? —Se inquietó el viejo.

—No.

—¡Diablos! —Se incorporó, sentándose en el camastro—. Se diría que has visto un fantasma…

—Tal vez me ha sentado mal la cena —dije—. El pescado tenía un sabor un poco raro.

Marley exclamó:

—¡Yo lo encontré estupendo! A lo mejor es que ya estoy acostumbrado a los menús carcelarios. Cuando lleves aquí tanto tiempo como yo, también te acostumbrarás.

Y añadió:

Yo tampoco me encuentro muy bien, ¿sabes?

—¿Qué te pasa?

—Siento una opresión aquí, en el pecho.

—¿Quieres que llame para que venga el médico?

—No, ya se me pasará. ¿Tienes un cigarrillo?

Sí, pero no creo que…

—¡Bah! Aquí no puedo tener otro vicio.

Tosió, mientras se llevaba la mano al cuello y hacía un gesto de dolor.

—El humo del tabaco me calma la tos, y además me tranquiliza —dijo.

Yo le ofrecí el paquete entero.

—Toma murmuré. —Puedes quedártelo.

—¿Y tú?

—Tengo más. Ya sabes que esos amigos que tengo fuera me abastecen de todo.

—Gracias, muchacho —me sonrió, mostrando sus encías casi desprovistas de dientes—. Cuando salga, si las cosas me van bien, vendré a visitarte y te traeré tabaco.

—¡Bah! —exclamé.

Yo sabía que el pobre viejo no podría cumplir su promesa.

Rod Marley, mi compañero de celda, sufrió un ataque tres noches después.

Avisé enseguida a los vigilantes.

Conducido a la enfermería, no pudieron hacer nada por salvarle la vida.

En el paquete que dejó sobre el camastro quedaban todavía dos cigarrillos.

Aunque había terminado los míos, no quise tocarlos.

CAPÍTULO 2

Gracias a mis conocimientos de mecánica y a un centenar de libras colocadas sobre la ávida mano del tipo adecuado, había conseguido entrar a trabajar en el pequeño taller de reparaciones de la cárcel.

A mi cargo estaba la puesta a punto y cuidado de dos furgonetas y los coches oficiales de los altos funcionarios del establecimiento.

Eso, además de proporcionarme algunas ventajas, iba a permitirme, si todo salía bien, la oportunidad de llevar a cabo mi plan de fuga.

El taller no tenía ninguna puerta al exterior; sólo una, lo bastante amplia para el paso de los vehículos, que comunicaba con uno de los patios amurallados del edificio.

Ese patio era el único que disponía de una doble puerta de salida a la carretera; pero con un sistema de control tan estricto, que ni siquiera una mosca hubiera podido salir sin exhibir la correspondiente documentación.

Sin embargo, yo estaba decidido a burlar el sistema de control, cruzando aquellas dos puertas que me separaban de la ansiada libertad.

Todo estaba previsto y bien planeado, de acuerdo con mis amigos del exterior.

En realidad, el plan había sido elaborado por «ellos», por los tipos que deseaban tanto como yo que Robert Powell, convicto de robo y asesinato, y condenado a cadena perpetua, consiguiera escapar.

Pero no me hacía demasiadas ilusiones respecto a mis amigos; no actuaban por amistad ni por altruismo.

—Si no fuera porque me necesitan —me dije—, dejarían que me pudriera en este lugar hasta el fin de mis días.

Pero Stone y Winkler me necesitaban.

Sólo yo conocía el número de la cuenta secreta del banco suizo en el que teníamos depositado el botín de nuestras numerosas fechorías.

¡Más de cinco millones de libras esterlinas!

Fue eso, sólo eso, lo que les indujo a trazar un estudiado plan para sacarme de la cárcel de Kingston.

Habían tenido que rascarse el bolsillo y que correr algunos riesgos, pero valía la pena.

Stone y Winkler habían hecho un buen trabajo, forzoso es admitirlo. Además de facilitarme la fuga, pondrían a mi disposición una documentación falsa y el pasaje para un barco que iba a zarpar para el continente dentro de una semana.

Una vez libre, me escondería en Londres hasta el día de la salida del barco.

Un avión hubiera sido más rápido, pero menos seguro, ya que todos los aeropuertos estarían vigilados.

La espera no iba a ser larga —tres o cuatro días a lo sumo— y yo estaba dispuesto a tener paciencia.

Con todo, no iba a estarme mano sobre mano.

A pesar de los riesgos que ello suponía, estaba decidido a resolver una pequeña cuestión. Era necesario liquidar a Kate, mi chica, que me había traicionado. La muy cretina, además de denunciarme a la policía, se había liado con un jovenzuelo que le había prometido hacerla su esposa y apartarla de la mala vida y de las dudosas amistades que había tenido hasta entonces.

¿Qué entendería aquel jovenzuelo imbécil por mala vida?

Kate no podía quejarse. Yo le había proporcionado dinero en abundancia, un piso en el mejor lugar de Kensington Joyas y todos los caprichos y comodidades que hacen amable la existencia.

¡Incluso un abrigo de pieles de esos que sólo pueden lucir las esposas y las fulanas de los hombres importantes!

Sí, estaba decidido: aunque tuviera que arriesgar el pellejo, no iba a permitir que la traición de Kate quedara impune. No renunciaría a la satisfacción de retorcerle el pescuezo. Nadie había conseguido burlarse todavía de Robert Powell sin que tuviera que lamentarlo.

—Bueno —me dije aquella tarde mientras me ocupaba de hacer una pequeña chapuza en el motor de una de las furgonetas—, ahora

debo olvidarme de eso y prepararme para la marcha. Hoy es el gran día.

Martes y trece, por más señas.

Aunque soy un poco supersticioso, confiaba en que todo fuera bien. Además, no tenía otra elección. El inspector de prisiones sólo visitaba la cárcel de Kingston los martes por la tarde.

Era un tipo muy metódico y nunca cambiaba la fecha de su rutinaria visita.

Interrumpí un momento mi tarea y eché una mirada al reloj eléctrico situado en la pared, junto a la cámara de televisión de circuito cerrado que vigilaba el taller.

Sus manecillas señalaban las 4.35. Dentro de diez minutos, el coche del inspector de prisiones entraría en el patio y el señor Collins, vestido impecablemente de negro, descendería del vehículo para entrar por una de las puertas laterales y subir hasta el despacho del alcaide.

Allí, como todos los martes, tomaría el té.

Pero en esta ocasión todo iba a ser distinto. Cuando el coche se marchara, yo iría escondido en el portaequipajes.

Así de sencillo.

Naturalmente, el chófer del digno funcionario no sería ajeno a la cuestión. El muy granuja había exigido dos mil libras por su indispensable colaboración.

Pero, aun sin recurrir a mis poderes adivinatorios, yo sabía que no iba a disfrutarlas.

La entrada del vehículo fue puntual.

Yo me hice el indiferente, metiendo la cabeza debajo del levantado capó de la furgoneta.

Pero tengo el oído muy fino y pude escuchar perfectamente el diálogo que sostenía el inspector de prisiones con su chófer.

—Los frenos siguen fallando, señor Collins. Voy a entrarlo en el taller para que les echen un vistazo.

—Me parece bien, Tommy. Pero recuerde que tiene que estar a punto para dentro de una hora.

—Por supuesto, señor Collins.

Un guardián uniformado saludó al inspector y lo introdujo en el edificio central.

El chófer volvió a sentarse en el vehículo y, lentamente,

maniobró para entrarlo en el taller.

—Aquí, amigo —señalé uno de los rincones.

Había escogido cuidadosamente el lugar, a cubierto del objetivo impertinente de la vigilante cámara.

Para más seguridad, había colocado una de las furgonetas para que sirviera de pantalla.

Desde la sala de control sólo podrían ver con la cámara la parte delantera del vehículo del inspector de prisiones.

Por lo tanto, no podrían descubrir que yo, procurando no hacer ningún ruido, me metía en el portaequipajes.

—Toma —me dijo Tommy, entregándome una pistola.

—¿Está cargada?

—¡Por supuesto! —me respondió.

Le pregunté:

—¿Has cobrado lo tuyo?

—¡Ajá! —sonrió—. Tus amigos han cumplido su palabra. Pero ten cuidado. No salgas de aquí antes de que yo golpee la tapa del portaequipajes de esta manera.

Y dio unos golpecitos.

—¡De acuerdo! —exclamé, guardándome la pistola en el bolsillo y alzando después la tapa.

—No es un lugar muy confortable —me dijo Tommy—, pero la libertad bien merece algunos sacrificios.

No le respondí.

Por fortuna, el chófer había colocado una manta de viaje en el fondo del portaequipajes para hacer más cómoda mi permanencia en aquel estrecho lugar.

La tapa se cerró, dejándome sumido en la oscuridad.

Escuché como Tommy ponía el motor en marcha para sacar el vehículo al patio.

Calculé que todavía faltaba media hora para que el inspector de prisiones diera por terminada su visita.

Era necesario tener paciencia.

Cuando poco después oí chirriar las dos pesadas puertas de acero, lancé un suspiro de alivio.

Me acomodé lo mejor que pude, procurando mover los brazos y las piernas para evitar su entumecimiento.

El coche tenía una buena suspensión y el viaje hasta Londres

resultó bastante cómodo.

Había pasado solo una hora.

El coche se detuvo y yo esperé que el chófer me diera la señal para salir de mi encierro.

Pero ésta no se produjo.

Un poco antes, el vehículo había descendido por una rampa; sin duda la entrada de un aparcamiento subterráneo. Era necesario esperar a que Collins, el patrón de Tommy, se apeara del coche.

También podía ocurrir que en el aparcamiento del edificio hubiera alguien más.

Habíamos quedado en que el chófer me proporcionaría algo de ropa, pues yo sólo llevaba el mono de trabajo que utilizaba en el taller de la prisión.

A propósito de prisión, era muy posible que ya hubieran descubierto mi fuga.

Los tipos de la sala de control, atentos día y noche a las pantallas y monitores, habrían advertido, con seguridad, mi ausencia del taller.

Eso no me inquietaba, pues yo tenía cierta autonomía de movimientos.

Lo malo de la cuestión estaba en el tipo que manejaba el cacharro detector de metales situado en la puerta del edificio central, donde estaban las celdas.

Por allí teníamos que pasar todos los que trabajábamos en los talleres o en la lavandería media hora antes de que se sirviera la cena.

Nos conocía a todos, y no le sería necesario consultar la lista para saber si alguno de nosotros no había pasado el control.

—¡Maldita sea! —exclamé, mientras me frotaba la pierna derecha, que se me había quedado dormida—. ¿A qué estará esperando ese cretino?

Casi inmediatamente, sonaron unos golpes sobre la tapa metálica del portaequipajes.

Tommy en persona levantó la tapa.

—Lo siento —dijo en voz baja—, pero uno de los copropietarios del edificio estaba limpiando su coche y…

—¿Puedo ya salir? —pregunté.

—Sí, claro —replicó el chófer—. Estamos solos.

Tuvo que ayudarme, pues todos mis miembros estaban entumecidos a causa de la mala postura en que había tenido que realizar el viaje.

—¡Diablos! —exclamé—. Casi me he convertido en un inválido.

—Mientras ese imbécil le daba cera a la carrocería de su *Rolls* —dijo Tomy—, fui a buscar esto.

Y me entregó una especie de pelliza y un gorro de punto de color oscuro.

—¡Perfecto! —asentí—. Una buena capa todo lo tapa.

Una vez me hube colocado el gorro y la pelliza, trasladé la pistola que me había entregado Tommy del bolsillo posterior del mono al de la prenda que ahora disimulaba mi atuendo carcelario.

Frente a nosotros estaba la puerta del ascensor que comunicaba con los distintos pisos.

—¿Puedo salir por ahí? —pregunté.

—No —respondió Tommy—. El conserje que está en la puerta de entrada podría hacerle preguntas. Es mejor que se largue por la puerta del aparcamiento. Puede accionarse desde el interior.

—De acuerdo —dije.

—Dese prisa, pues puede llegar alguien —me apremió.

—Dime, muchacho —dije—. Este lugar está construido a prueba de ruidos, ¿no?

—En efecto.

—Ya me lo imaginaba.

Se quedó un poco sorprendido cuando saqué la pistola y le apunté.

—¿Eh? —Me miró con los ojos dilatados por el miedo—. ¿Qué diablos…?

Por toda respuesta, apreté el gatillo.

Tommy se desplomó como un fardo, soltando un chorro de sangre por la brecha que la bala le había abierto en la frente.

—Lo siento —murmuré—. Pero no puedo correr riesgos.

El tipo ya no podía contestarme. Estaba muerto.

Poco después, ya en la calle, cruzaba el puente sobre el Támesis para dirigirme a Chelsea por Grosvenor Road.

Stone y Winkler me esperaban impacientes.

El apartamento que habían alquilado para mí no disponía de excesivas comodidades. Era una especie de estudio con vistas al río,

situado en una de las callejas cercanas al muelle.

Stone me dio un abrazo y Winkler se limitó a darme la mano, murmurando una frase de bienvenida.

—¿Hay cuarto de baño en esta cueva? —pregunté.

—Sí, Bob —me respondió Stone—, pero tendrás que conformarte con una simple dicha.

—¡Hum! —dije al examinar el cuarto de baño y el dormitorio—. Esto no es precisamente la *suite* nupcial del Hilton.

—No; pero es más seguro —replicó Winkler con su habitual adustez—. Después de todo, sólo tendrás que permanecer aquí unos pocos días. El barco sale el sábado.

—¿Qué hay del pasaporte? —dije.

—Lo tendrás mañana. Pero el polaco necesita una fotografía. Yo mismo te la haré. Naturalmente, tendrás que ingeniártelas para cambiar tu aspecto. Tu cara es demasiado conocida.

—Por supuesto —asentí.

Me encerré en el cuarto de baño y me di una prolongada ducha. El agua estaba fría, pero no me importó.

Al parecer, Stone y Winkler habían pensada en todo. En una banqueta vi una muda de ropa interior, camisas y un traje de color oscuro.

En la estantería del lavabo descubrí un frasco de tinte para el pelo, unas tijeras, un peine y otros utensilios de aseo.

Poco después, mis cabellos rubios habían cambiado de color adquiriendo la tonalidad apropiada.

No olvidé teñir mis cejas de negro, completando así la operación.

—¡Vaya! —exclamó Stone al verme—. Ni tú propia madre te reconocería.

—No, muchacho —repliqué—. Entre otras razones, porque mi madre se largó de este mundo a los pocos días de nacer yo.

Completé mi disfraz con unas gafas de montura dorada, de cristal sin graduar.

Me observé satisfecho. El rostro que reflejaba el cristal del espejo difícilmente habría podido identificarse con el mío.

—¡Perfecto! —exclamé.

Stone, utilizando una pequeña cámara, me hizo la foto para el pasaporte.

—Encontrarás comida en la nevera —me dijo—. Winkler y yo tenemos que largarnos. No abras a nadie.

—¡Seguro que no, muchachos! —Sonreí—. Ni siquiera a uno de esos tipos que van de casa en casa vendiendo enciclopedias. No obstante…

—¿Qué?

—No pienso pasarme todo el tiempo aquí encerrado.

—¿Qué quieres decir? —se alarmó Winkler—. La policía no tardará en buscarte.

—Ya me lo figuro —repliqué—. Pero no creo que puedan reconocerme.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Winkler—. ¡Eso es una locura! No podemos permitir que todo se estropee en el último momento.

—¡Bah!

—Ahora que hemos conseguido lo más difícil, no tendría ninguna gracia que volvieran a atraparte.

—No —intervino Stone—. Tal vez sería conveniente que nos dieras el número de esa cuenta.

—¿De veras?

—Sí, claro —dijo Winkler—. Sería lo más razonable.

—¡Tonterías! —repliqué.

—Pero…

—¿Os figuráis que nací ayer?

—¿No te fías de nosotros?

—¡Ni un pelo, Winkler! Os creo capaces de todo. Mientras sólo sea yo quien conozca el número de esa cuenta, gozaré de una completa garantía en lo que se refiere a la integridad de mi persona.

—¡Oh! —Se hizo el ofendido Stone—. ¿Te figuras que somos capaces de liquidarte?

—¡Claro que sí! —repliqué—. Especialmente Winkler, que no me tiene ninguna simpatía y siempre ha deseado ser el jefe de la banda.

—Te equivocas, Bob —mintió Winkler.

—Tal vez le respondí. —Pero, por si acaso, dejaremos las cosas como están.

—Como quieras —se encogió de hombros Stone—. Pero no cometas ninguna imprudencia. No tendría ninguna gracia que esos cinco millones de libras esterlinas se quedaran en las arcas de esos banqueros suizos sin que ninguno de nosotros pudiera echarles

mano.

—Todo irá bien, no te preocupes —respondí.

Stone y Winkler se marcharon y yo me quedé solo. Comí algo de las provisiones que me habían dejado en el frigorífico y luego me acosté.

Aunque la cama era un poco dura, me pareció mucho más cómoda que el camastro que hasta hacía poco había estado ocupando en mi estrecha celda de la cárcel de Kingston.

Coloqué mi pistola al alcance de la mano y apagué la luz de la mesita de noche.

No me importó que por la ventana entrara la discontinua claridad de un anuncio luminoso.

«Eso contribuye a proporcionarme una completa sensación de libertad» —pensé de forma harto pueril.

Y eso era así por una razón muy sencilla: desde el interior de una celda no pueden divisarse los reflejos de un anuncio luminoso.

A pesar de que los puritanos aseguran que una mala conciencia impide conciliar el sueño, yo me dormí inmediatamente.

Y entonces soñé.

CAPÍTULO 3

Soñé, pero el mío no fue un sueño normal, sino otra de aquellas malditas visiones premonitorias.

Mis poderes adivinatorios, o lo que diablos fuera, se producían casi siempre en estado de vigilia, y apenas duraban, unos instantes; pero cuando el fenómeno se producía estando dormido, esas visiones del pasado o el futuro duraban mucho más y llegaban a mi mente con más claridad.

Así ocurrió en esta ocasión.

Pero, en contra de lo acostumbrado, estaba presenciando algo que tenía lugar en aquel instante, es decir, en el presente.

Y la escena que presenciaba no estaba en mi mente, sino ante mis propios ojos, como si yo estuviera allí, en el mismo lugar en que ocurría.

Kate estaba en la cama con el jovenzuelo que me había suplantado.

No dormían.

Lo que estaban haciendo era sin duda muy gratificante para ellos, pero muy poco agradable para mí.

—¡Malditos cerdos! —exclamé.

Cuando se producía en mí ese fenómeno de percepción a distancia me era del todo imposible sustraerme a sus efectos.

Era inútil que intentara pensar en otra cosa.

Por fortuna, en el momento de «conectar» con Kate y su amiguito, la amorosa batalla que se desarrollaba entre las revueltas sábanas estaba tocando a su fin.

Sólo fui testigo de sus últimos jadeos, terminados los cuales oí decir a Kate:

—¡Ah! Cada vez me haces más feliz, Richard, querido.

Había escuchado en muchas ocasiones aquellas palabras cuando era yo quien ocupaba el lugar de aquel tipejo.

Kate no era muy original en sus comentarios.

Richard se separó de ella, adoptando una postura más comedida y, todavía un tanto fatigado, encendió un cigarrillo.

Yo también tenía esa costumbre.

—Ten cuidado de no quemar las sábanas le recomendó ella.

Era la misma recomendación que solía hacerme a mí en tales casos.

Kate apartó las sábanas y, sin molestarse en cubrir su cuerpo desnudo, se encaminó hacia el cuarto de baño.

El tipo que estaba tendido en mi cama, puesto que la había pagado con mi dinero, lo mismo que los otros muebles del apartamento, era un muchacho delgado, rubio y de piel sonrosada, que no tendría más de veinticinco años y no era muy alto.

Si yo hubiera estado allí «realmente», no me hubiera costado el menor esfuerzo agarrarle por el cogote y arrojarlo por la ventana.

Como se dice vulgarmente, aquel mozalbete no tenía ni media bofetada.

Sin embargo, a pesar de que me había birlado la chica, no experimenté hacia él la menor animosidad.

Él no tenía ninguna culpa de que Kate fuera una zorra.

—Sólo la mataré a ella —me dije.

Sí, y no iba a liquidarla por una cuestión sentimental, como pudiera suponerse, sino por otros motivos más serios: por traidora y chivata.

Me había delatado a la Policía, y eso no podía quedar impune.

Kate salió del cuarto de baño envuelta en una toalla y se acercó a la cama.

—¿Me das un cigarrillo? —dijo.

Richard se lo encendió y luego lo colocó en los pintados labios de ella, al mismo tiempo que intentaba abrazarla.

—¡Oh! —Le esquivó Kate con estudiada coquetería—. ¿Es que no tienes bastante?

—Tratándose de ti, Kate, nunca tengo bastante.

Era indudable que estaba faroleando, pues aquel alfeñique no era de los que repiten.

Mi chica volvió a meterse en la cama, pero estableciendo una pequeña separación entre los dos cuerpos.

De pronto, mientras exhalaba una bocanada de humo, soltó una

risita.

—¿De qué te ríes? —se extrañó Richard.

—Estaba pensando en Bob.

—¡Hum! —Pareció ofenderse el jovenzuelo—. No me parece el momento más apropiado para pensar en ese cretino.

—Robert Powell no es un cretino. Si algún día se enterara de esto…

—¿Qué?

—Los dos íbamos a pasarlo muy mal, Richard.

El tipejo no pudo evitar un sobresalto.

—Por suerte —siguió diciendo Kate—, va a pasarse entre rejas el resto de sus días.

Ahora fui yo quien se permitió sonreír.

¡Menuda sorpresa se llevarían los dos cuando se enteraran de que me había fugado!

Pero no lo sabían todavía.

Tal vez por eso, creyéndome a buen recaudo en la cárcel de Kingston, Richard se permitió fanfarronear:

—Si apareciera por aquí, le daría un buen tirón de orejas y le arrojaría a patadas.

—Muchacho —me dije—, no sigas por ese camino, que te la estás jugando.

Kate también lo entendió así.

—Es preferible que no tengas que enfrentarte con él, Richard querido —dijo.

—¿Por qué? —respondió el muy estúpido.

—Porque ibas a salir muy mal parado. Le conozco bien. A pesar de que está en la cárcel, no estaré del todo tranquila hasta que nos hayamos largado de Londres.

—Dentro de una semana estaremos en Edimburgo, no te preocupes. Te presentaré a mis padres, y nos casaremos.

¿Casarse con Kate? ¡Por todos los diablos! Aquel sietemesino era todavía más estúpido de lo que yo había imaginado.

Si los padres de aquel ingenuo jovenzuelo estaban todavía en sus cabales y no obnubilados por los efectos de la arterioesclerosis, así que vieran aparecer a Kate la arrojarían de su casa con cajas destempladas.

Kate no estaba del todo mal —yo no me hubiera liado con ella

en caso contrario—, pero olía a zorra a mil leguas de distancia.

Y no opinaba por despecho; las cosas son como son, y no hay que darles más vueltas.

Con gran alivio por mi parte —a nadie le gusta presenciar cómo le ponen los cuernos, aunque sea a través de un fenómeno de visión a distancia—, la imagen se fue borrando de mi mente.

Noté la consabida opresión en el pecho y aquel torbellino de luces y sombras en mi cerebro.

La conexión se interrumpió, al mismo tiempo que me despertaba bruscamente.

La luz del anuncio luminoso seguía parpadeando en el interior de mi habitación.

Lo primero que vi fue la pistola que había dejado sobre la mesita de noche.

—Me los cargaré a los dos —dije—. Después de todo, ese mequetrefe no merece ninguna consideración.

Y, cerrando los ojos, volví a dormirme.

LA SUBASTA

CAPÍTULO 4

Cuando llegaron Stone y Winkler yo ya estaba levantado.

—¡Vaya! —me dijo Stone—. Con esos lentes y vestido de esa manera pareces un ejecutivo.

—Es el color del pelo lo que le da un aspecto distinto —añadió Winkler.

—Bueno —respondí con impaciencia—. Dejaos de bobadas y vayamos a lo que importa. ¿Qué hay del pasaporte?

—Aquí está —me lo entregó Stone—. Es auténtico. El polaco sólo ha tenido que cambiarle la fotografía y retocarle un poco el sello.

—Sí —admití, tras examinar el pasaporte—. Es un buen trabajo. ¿Cuándo sale el barco?

—El sábado, ya te lo dije —respondió Winkler—. Hoy estamos a miércoles. Por lo tanto, sólo tendremos que esperar tres días.

—¡Perfecto!

—¿Vas a salir? —me preguntó Stone.

—Sí respondí.

—Como quieras —torció el gesto Winkler—, pero ten cuidado.

—Sé cuidar de mí mismo.

—Eso espero —gruñó.

—¿Han dado ya la noticia de mi fuga? —inquirí.

—Sí —respondió Stone—: en el boletín de noticias de la BBC. También ha salido en los periódicos.

—¿En primera página?

—No, Bob; no eres tan importante. Pero publican tu fotografía.

—No importa —repliqué—. Ahora no me parezco en nada al tipo que se largó de la cárcel de Kingston.

—¿Fuiste tú quien se cargó al chófer del inspector de prisiones? —me preguntó con cierta inquietud Winkler.

—¡Por supuesto! ¿También hablan de eso en el periódico?

—Sí, pero no lo relacionan con tu fuga.

Me encogí de hombros.

—Me da lo mismo.

Stone parecía tan inquieto como Winkler.

—¿Por qué se te ocurrió apiolarle? —dijo con expresión sombría.

—Para evitar que se fuera de la lengua.

—¡Bah! Por la cuenta que le tenía, hubiera mantenido el pico cerrado.

—Eso nunca se sabe —repliqué—. Así es más seguro.

—Bueno —dijo Winkler—, nosotros no vamos a aparecer más por aquí. Nos encontraremos en Chelsea Embankment el sábado a las nueve de la noche. El barco se llama *Spitzberg*. Es un mercante noruego, pero navega con pabellón panameño.

—¿Su destino?

—Marsella.

—Bien —asentí.

Desde allí, nos trasladaremos a Ginebra por carretera.

Stone y Winkler se largaron poco después, sin molestarse en estrecharme la mano.

Por supuesto, los liquidaría a los dos antes de cruzar la frontera suiza.

Lo primero que hice cuando a mi vez salí a la calle, fue comprar un periódico.

Tal como me habían dicho mis compañeros, la noticia de mi fuga venía en un rincón de la página de sucesos.

Sólo un par de párrafos y un titular, completados con una fotografía un tanto borrosa.

No me importaba, pues nunca he sido un tipo excesivamente vanidoso.

Arrojé el periódico a una papelera y luego entré en una cabina para hacer una llamada.

Nadie respondió al teléfono al otro lado de la línea.

—Debí figurármelo —gruñí entre dientes, mientras devolvía el receptor a su soporte—. Kate no es de las que se quedan en casa haciendo labor de punto.

En realidad, sólo le había llamado para escuchar su voz, no para hablar con ella.

Me hubiera gustado darle un buen susto, por supuesto, pero habría levantado la liebre.

—Tendré que esperar a la noche para encontrarla en su nido —me dije—. Espero que no haya leído los periódicos. Si se entera de mi fuga, se largará de Londres como si le hubieran aplicado un hierro ardiente en el trasero.

Pero, por suerte para mí y por desgracia para ella, Kate era alérgica a la letra impresa.

Pero estaba el otro, el jovenzuelo.

Era posible que Richard leyera algo más que la página deportiva de los periódicos.

Fui andando hasta Piccadilly Circus, y allí tomé el metro hasta Regent's Park.

Exceptuando a varios carcamales, que estaban tomando el sol en los bancos colocados a lo largo de la orilla del estanque, los jardines estaban desiertos.

—Aquí conocí a Kate —murmuré con cierta nostalgia.

La había encontrado en las instalaciones del Zoo, observando la jaula de unos monos. La abordé y ella no se mostró excesivamente gazmoña. Aquella misma noche me la llevé a la cama.

Nunca me he liado con ninguna chica por mucho tiempo, pero Kate fue la excepción.

Yo nunca había creído en el amor ni en todas esas tonterías, pero debo admitir que supo atraparme.

Nunca he confiado en nadie, y mucho menos en las mujeres; pero Kate me pareció distinta.

Sólo cuando me denunció y me vi entre rejas, llegué a la conclusión de que había hecho el primo.

Aquel paseo sentimental por Regent's Park me dejó bastante deprimido y abandoné el recinto por la salida de Prince Albert Road, donde me metí en un *pub* a tomar una copa.

Al mediodía comería en un *Help Yourself* y luego me metería en un cine para esperar la noche.

Lo malo era que todavía faltaban tres horas para la hora de la comida.

Como el ambiente del *pub* no resultaba excesivamente divertido,

apuré la bebida que había solicitado y salí a la calle.

Anduve lentamente por la acera.

En un par de ocasiones me crucé con algún policía uniformado, pero ninguno de ellos me hizo el menor caso.

Mi disfraz, pese a su sencillez, era perfecto.

Sin saber cómo, me encontré frente a una especie de tienda de antigüedades en la que se anunciaba una subasta.

—¡Vaya! —exclamé—. Esto puede ser interesante.

Y entré en el local.

Cruzando la tienda, en la que se exhibían diversos muebles, cachivaches y objetos, entré, siguiendo a otras personas, en el salón donde se iba a celebrar la anunciada subasta.

En las sillas colocadas frente al estrado había una docena de curiosos, casi todos mujeres de edad avanzada.

Busqué un asiento en las primeras filas y esperé.

Un tipejo miope, calvo y vestido de negro, se me acercó para entregarme un catálogo.

—Gracias —dije.

Le eché un vistazo al folleto y comprobé que los objetos que iban a subastar no tenían ningún interés.

«Seguramente —pensé—, se trata de todos los saldos que no encuentran comprador en la tienda».

Aquello no iba a ser tan divertido como yo imaginaba.

Y pensé que no iba a serlo en absoluto cuando aquella mujer, despreciando todas las sillas vacías que había en el local, fue a sentarse a mi lado.

Era una mujer gorda, monstruosamente gorda, que olía a sudor y a perfume barato.

—¿Tardarán mucho en empezar? —me preguntó.

—Lo ignoro, señora —respondí.

La gorda abrió el bolso, cuyas dimensiones estaban de acuerdo con el volumen de sus adiposidades y sacó unas gafas.

—¿Viene usted a menudo a las subastas? —inquirió, mientras me observaba a través de los gruesos cristales de sus lentes.

—No —le respondí secamente.

—Yo no me pierdo una —se creyó en el deber de ilustrarme—. A veces se encuentran verdaderas gangas.

Pensé que en aquella ocasión estaba perdiendo el tiempo, pero

me abstuve de hacer ningún comentario. Después de todo, el concepto de lo que puede ser una ganga no deja de ser un tanto aleatorio.

La gorda volvió a abrir el bolso y sacó del mismo un diminuto pañuelo con el que se sonó discretamente la nariz.

Abrió otra vez el bolso; metió el pañuelo; cerró el bolso; lo abrió nuevamente; sacó un estuche de caramelos y se introdujo un par de ellos en la boca.

—¿Quiere usted uno? —me ofreció.

—No, gracias —rechacé.

El público era ahora más numeroso, pero todavía quedaban bastantes sillas vacías.

Un hombre alto y delgado, de pelo rojizo y nariz ganchuda, entró por una puerta lateral y se colocó detrás de la mesa situada encima de la tarima.

—Es el señor Holbrook, el subastador —me informó la gorda.

El señor Holbrook agarró la maza y dio un golpecito sobre la mesa.

—Señoras, señores —dijo después de un ligero carraspeo—, va a empezar la subasta.

Nadie le hizo caso.

—Silencio, por favor —rogó, dando otro golpe con la maza.

Cuando se acallaron las toses y los cuchicheos, el subastador anunció con una solemnidad que a mí me pareció del todo innecesaria:

—Vamos a subastar los objetos por el mismo orden que figuran en el catálogo.

El primer cachivache de la lista, según pude comprobar era un florero.

El tipejo calvo, que actuaba como ayudante, colocó el objeto que se iba a subastar encima de otra mesita colocada en un rincón, iluminada por un foco.

El florero era de porcelana y estaba decorado con florecitas azules, amarillas y rojas con un mal gusto verdaderamente deplorable.

Inicialmente, estaba tasado en cinco libras.

—Es caro —dijo la gorda, metiéndose en la boca otro de aquellos repugnantes y pegajosos caramelos.

—Yo no daría por él ni un solo penique —repliqué.

El señor Holbrook, el subastador, era de otra opinión; señalando hacia el vulgar florero de loza con la misma solemnidad que si se tratara de una pieza de porcelana china de la época de los Ming, exclamó:

—Este jarrón, señoras y señores, ha decorado los más elegantes salones Victorianos londinenses y constituye uno de los objetos más valiosos de la presente subasta.

—¡Diablos! —Le guiñé el ojo a la gorda, que me sonrió con gesto de complicidad—. Si este cacharro es uno de los objetos más valiosos, ¿cómo serán los demás?

—Pese a ello —prosiguió diciendo el subastador—, lo hemos incluido en nuestro lote de oportunidades de los miércoles, a un precio inicial muy por debajo de su valor real.

Si fuera cierto que a los mentirosos les crece la nariz, al tipo aquél le habría crecido la napia hasta el otro extremo del salón.

¡Vaya descaro el suyo!

Se escucharon varias toses impacientes, pues el subastador había hecho una pausa.

—Este objeto —prosiguió aquel solemne embustero— ha sido tasado en cinco libras.

—¡Es caro! —volvió a exclamar la gorda que estaba sentada a mi lado—. Por menos de una libra se pueden encontrar otros más bonitos en el mercado de Chapel Street.

—¡Seguro! —asentí.

—¿Alguien ofrece más? —preguntó el subastador.

Nadie se animó.

A pesar de sus esfuerzos, el señor Holbrook sólo consiguió que la puja final llegara hasta las cinco libras y diez peniques.

A primera vista, el tipo que se quedó con el florero no parecía mucho más estúpido que el resto de los asistentes a la subasta.

El siguiente objeto era algo completamente distinto.

Era un teléfono.

Pero no un teléfono vulgar, sino uno de esos aparatos antiguos, cuyo auricular va colgado sobre dos largas horquillas en forma de asador. Era de color dorado, con adornos negros y ofrecía un aspecto bastante llamativo.

El tipejo calvo tomó el aparato con ambas manos, en actitud

reverente y, bajando a la sala, lo fue mostrando a todos los que quisieron examinarlo.

En el catálogo figuraba con un precio inicial de sesenta libras esterlinas.

No creo que valiera ni diez.

Mi vecina solo le echó una ojeada cuando el tipejo calvo pasó por delante de nosotros, pero yo solicité permiso para examinarlo con más detenimiento.

¿Por qué lo hice?

No lo sé, ciertamente; fue uno de esos impulsos irresistibles que me acometen de vez en cuando y que yo suelo relacionar casi siempre con lo «otro».

—Tenga cuidado, señor —me advirtió el calvo.

—¿Funciona? —pregunté.

—Por supuesto, señor; sólo hay que conectarlo a la línea.

En el mismo momento en que tomé en mis manos el anticuado teléfono noté un hormigueo por todo el cuerpo y una dolorosa punzada en ambas sienes.

Estuve a punto de soltarlo, pero ya era demasiado tarde para que aquel maldito fenómeno paranormal se produjera.

Extrañado por mi actitud, el calvo recuperó el antediluviano cacharro y subiendo al estrado, volvió a colocarlo sobre la mesita del rincón.

El subastador hizo un gesto de asentimiento y, señalando el nuevo objeto a subastar, dijo:

—Señoras y señores…

Fue lo último que escucharon mis oídos antes de caer en aquella especie de trance que me «conectaba» con el punto del tiempo y del espacio que mi mente iba a explorar.

Los misteriosos efluvios que se desprendían del viejo teléfono eran tan grandes, que el fenómeno de evocación se produjo con gran intensidad y claridad.

Yo estaba allí, en el interior de aquel lujoso salón, escuchando la conversación de aquel hombre y aquella mujer.

Había una chimenea encendida, unos confortables sillones, valiosos cuadros en las paredes, pesadas cortinas, gruesas alfombras… y un teléfono en una mesilla.

El mismo que, con un precio inicial de sesenta libras, iban a

subastar en aquel momento.

El teléfono sonó, pero no en la mesa de la sala de subastas, sino en el salón de aquella casa.

EL TELÉFONO

CAPÍTULO 5

Fue la mujer, joven y bonita, quien descolgó el auricular, pues la mesita con el teléfono estaba más cerca de ella.

—¿Diga? —preguntó, intentando dominar su nerviosismo.

El hombre, tan nervioso como ella, aplastó en el cenicero el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Quién es, Sally?

Ella le hizo un gesto, indicándole que se callara, para poder poner toda su atención en lo que estaba escuchando a través del auricular.

—¿Está seguro, Evans? —dijo la muchacha al cabo de un rato—. Sí, claro, no se trata de su opinión particular, Evans, sino de la del médico… ¿Mañana?… ¿No sería mejor una ambulancia?… ¿No? De acuerdo, de acuerdo, Evans.

Y colgó el teléfono.

—Era Evans —dijo, pensativa y preocupada.

—¡Maldita sea! —Se irritó él—. ¡Ya sé que era Evans! ¿Pero qué diablos te ha dicho?

—Que tío Harry no se muere.

—¿No? —Casi se atragantó el hombre.

—No, Tom.

—¡Por todos los diablos!

—El médico del hospital dice que no era un infarto, sino una simple lipotimia causada por una mala digestión.

—¡No es posible!

—Eso es lo que me ha dicho Evans.

—¿Qué sabe ese estúpido?

—Nada, por supuesto, y mucho menos de Medicina. Pero eso no le impide ser un buen mayordomo y el hombre de confianza de mi tío.

—¡Nunca me fue simpático!

—A mí tampoco, Tom.

—¡Y mucho menos ahora que nos acaba de dar esta horrible noticia!

—Para tío Harry será una noticia estupenda.

—¡Ya me lo figuro! Pero para nosotros, Sally, significa el fin de todas nuestras esperanzas.

—¡No exageres! Sólo se trata de tener un poco más de paciencia.

—¿Más todavía?

—Tío Harry, a pesar de que esta vez se haya librado de lo que parecía inevitable, no puede vivir eternamente.

—¡Quién sabe! —exclamó Tom con evidente pesimismo, mientras encendía otro cigarrillo.

—Ya tiene ochenta años y está lleno de achaques…

—¡Pero no se muere!

—Se morirá, Tom.

—¿Cuándo?

—¡Y yo qué sé! —Acabó por irritarse Sally—. No soy adivina.

—Yo sí —gruñó Tom.

—¿Tú?

—Sí —le dio él una chupada a cigarrillo—. Por lo menos adivino lo que va a suceder si ese vejestorio no estira la pata antes de un par de meses.

—¿Qué sucederá, Tom?

—¡Que tendré que ir a la cárcel!

—¡Oh! Nadie va ahora a la cárcel por deudas, Tom. No estamos en los tiempos de Carlos Dickens.

—Es que ese dinero…

—¿Qué, Tom?

—Lo tomé prestado sin que su dueño lo supiera.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Que aprovechándome de mi puesto en el banco, me concedí un préstamo a mí mismo. Un préstamo que debo reponer antes de que se haga la revisión semestral.

—¿Es mucho?

—Cinco mil libras.

—¿Tanto? —Se asustó ella.

—Comparado con lo que gasta tu señor tío sólo en puros de importación, es una verdadera miseria.

—Pero tío Harry es rico…

—Ya lo sé.

—Pero poco generoso —reconoció Sally.

—¿Poco generoso, dices? ¡En mi vida he conocido a un tacaño de mayor envergadura!

—Cuando vivía con él no me faltó nunca nada.

—¿Eh? —Se ofendió Tom—. ¡Ya salió eso! Ahora va a resultar que yo tengo la culpa de todo. En realidad, he sido una víctima inocente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues…

—¡Oh! —Se levantó ella de su sillón para atizar un poco el fuego de la chimenea—. Ya comprendo. Te sientes un poco defraudado al comprobar que mi tío, al marcharme yo de su lado para casarme contigo, ha cerrado la bolsa.

—¡Cerrada a cal y canto!

—Bueno, tal vez supusiera que tú estabas en situación de mantenerme.

—¡Claro que lo estaba!

—¿De veras?

—¡Naturalmente! —Se engalló Tom, sacando otro cigarrillo del paquete—. Lo que ocurre es que tú no te conformaste con ser la esposa del jefe de sección de un banco. Tu tío te había acostumbrado a vivir a lo grande, proporcionándote unos caprichos que esperabas poder satisfacer en tu nueva existencia de casada.

—Yo creí…

—¿Qué?

—Bueno —respondió Sally, haciendo un mohín de disgusto—, creí que tío Harry seguiría mostrándose generoso conmigo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Siempre me tuvo mucho afecto.

—No lo dudo; pero ese afecto desapareció en gran parte cuando le comunicaste que estabas decidida a casarte conmigo.

—No se opuso.

—No abiertamente, es cierto, pues ya eras mayor de edad; pero demostró bien a las claras cuál era su opinión sobre el particular.

Ella se lo quedó mirando en silencio.

El reloj de péndulo, encerrado en su oscura caja de roble,

parecida a un ataúd puesto en pie, dejó escapar diez lentas campanadas.

Sally se revolvió en el amplio sillón sobre el que había vuelto a sentarse, adoptando una postura más cómoda.

—Tom…

—¿Qué? —preguntó su marido, un tanto extrañado por el tono de voz con que Sally había pronunciado su nombre.

—¿Sabes en lo que estoy pensando?

—¿Cómo voy a saberlo? No estoy para adivinanzas. Pero si estás pensando en comprarte ese nuevo vestido del que me hablaste, será mejor que te olvides de ello.

—No pensaba en ese vestido…

—¡Menos mal!

—Pensaba en otros vestidos, en abrigos de pieles, en joyas, en viajes al continente…

—Muy bien —dijo Tom sin inmutarse, aunque con cierto despecho—: soñar no cuesta nada.

—No estaba soñando, Tom.

—¿No?

—Estaba pensando que todo eso podría estar a nuestro alcance.

—¿Cómo?

—Ya sabes que tío Harry me ha nombrado su heredera.

—Sí, querida —se sirvió él un poco de *whisky*—, pero para que las cláusulas de un testamento se hagan efectivas, es necesario que la persona que lo ha dictado se vaya al otro mundo. Y tío Harry…

—Esta tarde, cuando se lo llevaron a Londres…

—Sí, los dos creíamos que la cosa iba en serio; pero ya ves lo que acaba de comunicarte Evans.

—Sí, que no se trataba de un infarto, sino de una pequeña indigestión.

—Eso le tendrá sólo un par o tres de día en el hospital.

—Te equivocas: regresa mañana mismo.

—¡Vaya! Eso quiere decir que tendremos que marcharnos.

—Sólo nos invitó a pasar el fin de semana —le recordó Sally—. Además, tú tienes que incorporarte el lunes a tu trabajo.

—No importa; Blackheath está muy cerca de Londres.

—Sí, claro.

Lo que Sally dijo a continuación resultó un tanto inesperado

para Tom.

—¿Por qué no le matamos?

No había duda de que se refería a tío Harry.

—¿Matarle?

—Sí.

—Querida —le reprochó Tom—, tienes un sentido del humor un poco enfermizo. Hay ciertas cosas que no pueden tomarse a broma.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces…

—Es que yo estaba hablando en serio.

Uno de los troncos que ardía en la chimenea crepitó sordamente, haciendo más patente el silencio que siguió a las palabras de la muchacha.

—¿Qué opinas sobre lo que acabo de decirte, Tom?

—Sally, por favor…

—¡Maldita sea! —estalló ella, con una violencia que dejó sorprendido a su esposo—. ¿A qué vienen ahora esos aires de puritano? ¿Acaso tú no has birlado cinco mil libras de la caja de tu banco?

—Pienso devolverlas —dijo él con dignidad.

—¿Cómo?

—Ya pensaré algo.

—¿Tú? Permíteme que lo dude.

—Yo…

Ella le interrumpió:

—Desengáñate, Tom: la única solución es la herencia de tío Harry. Y para heredarle…

—Pero…

—¿Qué? —le desafió ella.

Él estalló:

—¡Tú no estás bien de la cabeza, Sally! Una cosa es pedir prestados unos miles de libras y otra convertirse en un asesino. Además…

—¿Qué?

—Yo creí que adorabas a tu tío. Hace un instante me reprochaste incluso el que expresara con tanta vehemencia mi deseo de verle muerto.

—Tal vez me expresé mal.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que te reprochaba no es que desearas que tío Harry estirara la pata.

—¿Qué, entonces?

—Que te limitaras a desearlo.

—¡Sally!

—Dime —levantó ella la barbilla, sosteniendo la mirada de su marido.

—Yo…

—¿Qué, querido?

—Estoy verdaderamente confuso.

—¡Oh!

—Hace dos años que estamos casados y, a pesar de tan largo tiempo de vivir juntos, todavía no he llegado a comprenderte del todo.

Sally soltó una risita de conmiseración.

—¡Qué ingenuo eres, Tom!

—¿Por qué?

—Porque ningún hombre es capaz de comprender del todo a ninguna mujer.

—Eso tal vez sea cierto; la verdad, sois tan complicadas…

—¿Complicadas?

—Salta a la vista, Sally.

—¡Tonterías! Lo que os ocurre es que enfocáis las cosas de un modo equivocado. Juzgáis los hechos a través de vuestros sentimientos y no recurriendo a la lógica.

—Yo creí que era lo contrario.

Sally afirmó:

—Pues te equivocas.

Tom encendió otro cigarrillo; en parte para tranquilizar sus nervios y en parte para acabar de asimilar la inesperada sugerencia de su esposa.

—Sally… —empezó a decir él, después de un ligero carraspeo.

Ella le alentó con una sonrisa.

—Dime.

—A pesar de todo, no puedo admitir que estuvieras hablando en serio al sugerir que…

—¿Qué podíamos matar a tío Harry?

—Sí.

—Estaba hablando en serio, Tom.

—Pero… ¿es que no te horroriza solamente la idea de pensarlo?

—Sí, por supuesto. Enfocando la cuestión desde el punto de vista sentimental, mi corazón no puede soportar la idea de dar muerte a tío Harry con mi propia mano; pero examinando el asunto desde el punto de vista de la lógica, tengo que admitir que la cosa me resulta altamente aceptable.

—¿Aceptable?

—Sí, Tom: incluso me atrevería a decir que notablemente gratificante y satisfactoria.

Tom adoptó una postura más cómoda en el sillón que ocupaba cerca del fuego.

—Al hablar de lógica —dijo—, te refieres, por supuesto, a la lógica femenina.

—¿Es que hay otra?

—Has hablado también de matar a tío Harry con tú propia mano…

—Sí.

—Bueno —volvió a carraspear Tom—, supongamos que…

—Que decidimos matarlo.

—Sí, eso quería decir.

—¡Pues dilo, querido! No hay que darle tanta importancia ni andarse con rodeos ni eufemismos. Después de todo, no seríamos los primeros en planear un asesinato. Hay precedentes muy antiguos.

—No creo que tengan nada que ver con tu pobre tío, Sally.

—¡Vaya! ¿A qué viene ahora el llamarle «pobre tío»? Siempre le has puesto de vuelta y media, acusándole de tacaño, de maldito carcamal, de cretino y de muchas cosas más.

—Sí, es cierto.

—¿No te parece que lo de «pobre tío», dicho en ese tono entre cariñoso y compasivo, está fuera de lugar?

—Tal vez —admitió Tom—; pero me lo imagino dentro del ataúd, con el cráneo destrozado y…

—No hace falta recurrir a un medio tan tosco y vulgar.

—¿Cómo piensas matarle?

Sally sonrió.

—¿Yo? ¡De ninguna manera!

—¡Vamos! —se tranquilizó Tom—. Al fin confiesas que estabas bromeando.

La entrada en el salón de la anciana cocinera interrumpió la conversación de los Warren.

—¿Qué hay, señora Mills? —preguntó Sally, observando que la anciana no se atrevía a hablar.

—Perdóneme, señorita —dijo al fin la cocinera—, pero desearía saber si tiene alguna buena noticia del señor.

—¡Oh! —respondió Sally—. No se preocupe por mi tío, señora Mills. Mañana ya estará en casa.

—Entonces…

—No era nada grave; sólo una ligera indigestión.

—¿Indigestión, señorita?

La cocinera llamaba siempre «señorita» a Sally de acuerdo con la costumbre adquirida en los largos años que la sobrina de Harry Whitmann había vivido en la casa. El hecho de que Sally se hubiera casado con Tom Warren no significaba gran cosa para la anciana sirviente.

—¿Indigestión, señorita? —volvió a preguntar con expresión un tanto desafiante.

—Sí —adivinó Sally lo que estaba pasando por la mente de la cocinera—, pero no creo que usted tenga la culpa.

—¡Por supuesto que no!

—Sin embargo, creo recordar que mi tío repitió por tres veces del pato a la naranja.

—Todos los fines de semana hago pato a la naranja.

—Ya lo sé, señora Mills.

—Y siempre, que yo recuerde, su tío repite por tres veces.

—Bueno, tal vez fue otra cosa lo que le hizo daño.

—Nada que saliera de mi cocina, estoy segura.

—De acuerdo, de acuerdo, señora Mills. Ya le he dicho que no debe preocuparse. Puede irse a dormir.

—Bien, señorita —murmuró—. Y puedo asegurarle que lo haré con la conciencia bien tranquila.

Cuando la señora Mills se hubo retirado, Tom Warren comentó con cierta intranquilidad:

—¿Qué quiso decir con ese comentario?

—¿Qué comentario?

—Dijo que iba a dormirse con la conciencia bien tranquila.

—¿Y qué?

—Bueno, tal vez pretendió insinuar que tú y yo no estamos en el mismo caso.

—¡Tonterías! La señora Mills es incapaz de tales sutilezas, Tom.

—Tal vez, pero…

Tom miró con cierto recelo hacia la puerta que unos momentos antes había cruzado la cocinera.

—¿Tú crees que nos habrá oído desde la cocina?

—¡Imposible! Es bastante sorda.

—¿Sorda? —se extrañó Tom—. Yo nunca lo he notado.

—Porque por el movimiento de los labios comprende lo que le dicen.

—En tal caso…

—Aunque hubiéramos estado hablando a gritos, desde la cocina no podía oír nada.

—Bueno —se sirvió un poco más de *whisky* Tom—, en realidad, sólo estábamos bromeando.

—¿Bromeando? —Le fulminó ella con la mirada—. ¡Nada de eso!

—Pero…

—¿Cuántas veces he de repetirte que estoy hablando en serio?

—¡Sally! ¡Sally! —Casi imploró Tom.

—¿Por qué no te callas de una vez? Por lo menos, mantón la boca cerrada hasta que se te ocurra algo sensato.

—Pero…

Ella le corto:

—¡Basta! Si deseas para mí una vida mejor de la que estás en disposición de ofrecerme, si quieres evitar pasarte una larga temporada en la cárcel a causa de esas cinco mil libras que has tomado «prestadas», no tenemos más remedio que actuar.

—La condena por robar cinco mil libras siempre será mucho menor que la que me caiga encima por asesinato.

—No nos descubrirán.

—Según las estadísticas, Scotland Yard resuelve el ochenta y nueve por ciento de los casos en que interviene.

—En el caso de la muerte de tío Harry ni siquiera intervendrá.

—¿No?

—Será un accidente.

—Provocado, por supuesto.

—Sí, claro.

—Por lo tanto, será un asesinato.

—No para la Policía.

—¿Cómo piensas matarle?

—Ya te he dicho que de ninguna manera.

—Pero…

—Yo no pienso intervenir de forma directa en el asunto, Tom.

—¡Diablos! —exclamó él—. ¡No pretenderás alquilar un asesino a sueldo!

—¿Con qué dinero íbamos a hacerlo? Además, aquí no estamos en los Estados Unidos.

—Entonces…

—Tú serás quien lo haga, querido.

—¿Yo? —exclamó Tom, que estuvo a punto de soltar el vaso con *whisky* que tenía en la mano—. ¡Tú estás loca!

—Lo harás, Tom —respondió Sally con toda tranquilidad—, porque yo no entiendo nada de mecánica.

—¿Mecánica?

—Sí.

—Pero…

—Si pones un poco de cuidado, no correrás el menor riesgo, todo parecerá un accidente, un lamentable accidente.

CAPÍTULO 6

Harry Whitmann regresó a Blackheath el domingo por la mañana, conduciendo su propio coche, un *Bentley* un poco anticuado.

Evans, el mayordomo, iba a su lado.

—Insisto en que ha cometido usted una verdadera imprudencia, señor.

—¡Tonterías! Conduzco mejor que tú, Evans.

—No lo dudo, señor; pero en las actuales circunstancias…

—¿Qué circunstancias? —Gruñó Harry Whitmann, deteniendo el vehículo frente al edificio de estilo Victoriano que él llamaba su mansión, con el mismo optimismo que llamaba parque al descuidado jardín que rodeaba la casa.

—Acaba usted de salir del hospital, señor —le recordó el mayordomo.

—¡Bah!

—Puedo asegurarle, señor, que todos los síntomas parecían indicar que se trataba de algo muy serio.

Harry Whitmann descendió del vehículo, rechazando la ayuda que le ofrecía su mayordomo.

—¡Suéltame! ¿Te figuras que soy un inválido?

—Por supuesto que no, señor. Pero después de la noche que ha pasado…

—¿Qué quieres decir? ¡En mi vida he dormido mejor! Y en lugar de la señora Mills, que ni siquiera me da las buenas noches cuando, al acostarme, me viene a traer una bolsa de agua caliente, vinieron a arrullarme un par de guapas enfermeras.

—¿No lo soñó?

—¡Nada de eso! Por lo menos, una de las dos era muy real.

—¿Por qué sólo una, señor?

—Porque a la otra, maldita sea, no pude pellizcarle el trasero.

El mayordomo emitió una tosecilla de desaprobación.

—Evans —le puso la mano en el hombro Harry Whitmann—, eres un buen mayordomo, pero tienes un defecto: eres demasiado puritano.

—Lo lamento, señor.

—Bueno, no te preocupes demasiado por ello; nadie es perfecto. Entra el coche en el garaje y luego sube de la bodega un par de botellas de clarete.

—Bien, señor.

Tom y Sally, que se habían dado cuenta de la llegada del dueño de la casa, salieron a recibirle al vestíbulo.

—¿Cómo se encuentra, señor Whitmann? —preguntó Tom.

—Perfectamente —respondió Harry Whitmann—. Pero ¿de veras te importa mi estado de salud, muchacho?

—¡Por supuesto que me importa!

—Sí —empezó a subir el anciano las escaleras que conducían al piso superior—, ¿pero en qué sentido?

—¿Qué quiere decir?

El anciano, que ya había subido tres o cuatro escalones, se volvió hacia el marido de su sobrina.

—Lamento haberte defraudado, Tom: no fue un infarto, como tú suponías y deseabas.

—Tío… —empezó a decir Sally, que estaba situada detrás de Tom.

—¿Qué, pequeña?

—Creo que eres injusto.

—¿De veras?

—Recuerda que fue Tom quién se preocupó de avisar al doctor Burguess y de llamar para que enviaran una ambulancia.

—Sí, lo recuerdo. Y también recuerdo cómo le brillaban los ojos de alegría cuando me vio tendido sobre la alfombra. Si los buitres se ríen, pequeña, es seguro que lo hacen de la misma manera que tu encantador marido cuando se inclinó sobre mí con la excusa de prestarme auxilio.

—Tío, por favor…

—Lo siento, muchacha, pero ya sabes que siempre digo lo que pienso. Voy a tomar un baño y luego saldré a dar un paseo. Naturalmente, tú y la joya de tu marido podéis seguir gozando de

mi hospitalidad hasta el lunes por la mañana.

—Si de mí dependiera… —empezó a protestar Tom.

Pero Harry Whitmann ya no le escuchaba.

—¿Te das cuenta? —Se volvió Sally hacia su marido.

—Sí —asintió Tom con expresión sombría y rencorosa—: tenemos que matarle. Si todavía me quedaban algunas dudas, a partir de este momento acabo de mandarlas al diablo.

Tom y Sally tuvieron que esperar una semana para llevar a cabo su plan.

Harry Whitmann, que era hombre de súbitas e inesperadas decisiones, decidió hacer un pequeño viaje por Escocia, tomando parte en la excursión organizada por el club de golf de la localidad, del que era socio fundador.

Evans, el mayordomo, aprovechó la oportunidad para tomarse unas cortas vacaciones en el continente.

Tom y Sally, por su parte, aceptaron la sugerencia de tío Harry de quedarse hospedados y al cuidado de la casa.

—La suerte está de nuestra parte —se limitó a decir Sally.

Cierta mañana, cuando sólo faltaban un par de días para el regreso de tío Harry a Blackheath, Tom estuvo encerrado en el garaje durante una hora.

—Ya está —le dijo a Sally cuando se reunió con ella en su habitación.

—Espero que hayas hecho un buen trabajo.

—Sí, no te preocupes —respondió Tom, mientras entraba en el cuarto de baño para lavarse las manos.

—¿Qué has hecho? —insistió ella, moviendo las manos en el aire para que se secarán las uñas recién manicuradas.

—No lo entenderías —gruñó su esposo con acritud, molesto por lo que consideraba un humillante interrogatorio.

—¿Has limado uno de los tensores de los frenos?

—No —se volvió hacia ella Tom, secándose con la toalla—; eso hubiera resultado muy burdo. Además, el *Bentley* de tu tío Harry tiene frenos hidráulicos.

—Entonces…

—¡Maldita sea! —explotó Tom—. ¿Para qué quieres conocer todos los detalles?

—Porque no me fío de ti, querido —respondió Sally con naturalidad.

—Pues haces mal —dijo él, apartándola a un lado para salir del cuarto de baño—. Tal vez no entienda mucho de otras cosas, pero sí de coches.

—¡Oh!, se encogió de hombros Sally.

—Está bien —se resignó Tom—. Ya que tanto te interesa, te diré lo que acabo de hacer en el coche de tío Harry: le he cambiado un tirante lateral del brazo de la dirección.

—¿Cambiado?

—Sí.

—¿Qué conseguirás con eso?

—Que la dirección se vaya al diablo.

—La verdad es que no lo comprendo del todo, querido.

—Sí, ya lo suponía —replicó Tom, muy ufano de poder demostrar a su esposa que en algunas cosas era superior a ella—. El tirante que le he quitado, que estaba en perfecto estado, lo he sustituido por otro viejo y oxidado que, cuando el coche haya recorrido media docena de millas, saltará en pedazos.

—Y entonces…

—¿No te lo figuras?

—Sí —asintió ella.

Y le sonrió al añadir, mientras se acercaba a él como una gata sumisa:

—Eres más listo de lo que parece, Tom.

Harry Whitmann llegó a Blackheath un día después de lo esperado, tomando uno de los numerosos trenes que unían Londres con las poblaciones más importantes del condado.

—Nos extrañó que el autocar del club llegara sin ti, tío Harry —dijo Sally.

—Decidí quedarme en Londres para arreglar ciertos asuntos —respondió el anciano, tomando asiento en su sillón favorito y desplegando el periódico—. Si Evans hubiera estado en casa, le habría llamado para que acudiera a buscarme con el *Bentley*.

—Yo hubiera podido hacerlo —dijo Tom.

—¿Tú? —le observó con el ceño fruncido tío Harry—. Ya sabes que te prohibí que pusieras tus manazas en el *Bentley* desde aquel maldito día en que me abollaste el guardabarros dando un paseo

por los alrededores.

—Sólo fue una pequeña rozadura.

—¿Rozadura? En el taller de reparaciones no opinaron lo mismo. Tuve que pagar una factura de veinte libras.

Y dando por terminada la cuestión, se enfrascó en la lectura del periódico.

CAPÍTULO 7

El *Bentley* de Harry Whitmann, con su propietario al volante, se estrelló en el fondo de un pequeño barranco cuatro días después.

Tío Harry, según testimonio de un granjero que presenció el accidente, pudo salir del coche en llamas, pero convertido en una antorcha humana.

—Tomó la curva a gran velocidad —informó al granjero a la Policía—, pero el vehículo no le obedeció y…

—Siempre le advertí que ya no tenía edad para conducir a tal velocidad —fue el comentario del doctor Burguess.

—Ha sido un accidente —determinó el jefe de la policía local.

Ni siquiera hubo una encuesta.

Una semana después de que tío Harry reposara para siempre en el bien cuidado cementerio de Blackheath, Tom y Sally, que se comportaban ya como si fueran los dueños de todo, recibieron una inesperada visita.

Era una mujer de mediana edad, menuda y delgada, pero con cierto atractivo.

Bajó de un taxi frente a la puerta del jardín, que estaba siempre abierta, y, con paso mesurado y tranquilo, se encaminó hacia la entrada del edificio.

Como el mayordomo estaba ausente, fue la misma Sally quien le abrió la puerta.

—Buenas tardes —dijo la recién llegada con una melancólica sonrisa—. Soy la señora Whitmann.

—¿Cómo? —Se quedó con la boca abierta Sally.

—Usted debe de ser Sally, ¿no? —preguntó a su vez la visitante.

—En efecto, pero…

—Harry me habló mucho de usted.

—¿Se refiere usted a mi tío?

—Por supuesto.

—Pero…

—Yo soy su esposa.

—¿Su esposa? ¿Qué está usted diciendo?

—¿Me permite entrar? La tarde está muy fría y no me conviene la humedad. Supongo que el fuego de la chimenea estará encendido, señora Warren.

—Sí, claro.

La visitante entró en el edificio como si estuviera tomando posesión de todo.

Cuando Tom Warren la vio aparecer en el salón, escoltada por Sally, se levantó con una expresión del todo bobalicona reflejada en el rostro.

—Mi mando —dijo Sally.

—¡Oh! —sonrió la recién llegada—. Harry también me habló de usted, señor Warren.

—¿Harry? —Miró Tom a su esposa, plenamente desconcertado.

—Se refiere a tío Harry, por supuesto.

—¿Era usted amiga suya? —preguntó Tom Warren.

—Soy su esposa.

—¿Cómo? —exclamó Tom, notando que un escalofrío le recorría la espalda, desde el cogote al fondillo de los pantalones.

—Bueno, después de lo ocurrido, en realidad soy su viuda.

Y se llevó a los ojos el diminuto pañuelo que había sacado del bolso.

—¡Eso no es posible! —exclamó Tom—. ¿Es que pretende burlarse de nosotros, señora?

—No, señor Warren.

—¡Sally! —Se encaró él con su esposa—. ¿Cómo has permitido que esta loca entrara en casa?

—¡Oh! —sonrió la pretendida señora Whitmann sin inmutarse —. Harry ya me advirtió que era usted un joven un tanto impetuoso y alocado.

—¿De veras?

—Me dijo algo más, pero tal vez no fuera correcto que yo lo repitiera.

—¿Por qué no? —ironizó Tom Warren—. ¡Adelante! ¿No estamos en familia?

—Me dijo…

—¿Qué?

—Que era usted un perfecto imbécil.

—¡Señora mía!

—Discúlpeme, por favor; no hice otra cosa que repetir el comentario de Harry. Personalmente, todavía no he tenido tiempo de formarme una opinión con respecto a usted.

—¡Ni creo que lo tenga jamás!

—¿Por qué, señor Warren?

—Porque va usted a marcharse de aquí inmediatamente, señora.

—Me marcharé, por supuesto —respondió la viuda con toda calma—. He alquilado una habitación en el hotel del pueblo. Permaneceré allí hasta que, ultimados los trámites legales, pueda tomar posesión de esta casa y del resto de la herencia.

Una nube roja estalló en el cerebro de Tom Warren y no pudo contenerse.

—¡Salga de aquí inmediatamente —gritó— o llamaré a la Policía!

—Como guste —respondió la recién llegada, tomando asiento en uno de los tapizados sillones más cercanos a la encendida chimenea.

—¡Maldita sea! —Avanzó hacia ella Tom con los puños apretados y soltando chispas por los ojos.

—Siéntate, Tom —le contuvo la voz de Sally con suavidad.

Y antes de que su marido pudiera reaccionar, se volvió hacia la inesperada visitante y le preguntó:

—¿Tomará usted el té con nosotros, señora Whitmann?

—Sí, gracias —respondió la mujer.

—¿Te importaría ir a decirle a la señora Mills que seremos uno más a tomar el té, Tom?

—Yo…

—Por favor…

—Sí, ya voy —obedeció Tom Warren, comprendiendo que su esposa pretendía quedarse a solas con la recién llegada para hablar con ella de mujer a mujer.

Por eso se tomó bastante tiempo en regresar.

Cuando volvió al salón, lo hizo llevando en las manos la bandeja con el servicio de té, que depositó con todo cuidado sobre la mesita.

Sally y la pretendida viuda de tío Harry parecían las mejores amigas del mundo.

—Verdaderamente —estaba diciendo Sally en aquel momento—, lo de la boda de tío Harry ha sido una verdadera sorpresa. ¿Hacía mucho tiempo que se conocían?

—No —respondió la mujer—; nos conocimos durante aquella excursión a Escocia. Yo me agregué a la expedición en Londres, junto con unas amigas.

—Comprendo —empezó a servir el té Sally—. ¿Con leche?

—Solo, por favor.

—¿Y tú, Tom?

—Yo tomaré un poco de *whisky* —replicó el aludido, dando la espalda a las dos mujeres y encaminándose hacia el mueble bar.

Una hora después, cuando la visitante abandonó la casa, solamente Sally salió a despedirla.

—¿Quiere que la lleve hasta el pueblo en mi utilitario? —preguntó Sally.

—No, gracias, no es necesario. Como ya le dije antes, el médico me ha recomendado que haga un poco de ejercicio, a causa de mi lesión cardíaca. Un ejercicio ligero, se entiende.

La mujer se llevó la mano al corazón.

—Además —prosiguió con la mejor de sus sonrisas—, el hotel no está muy lejos y el camino es llano.

—Atravesando el bosque llegaría antes, pero no se lo aconsejo.

—¿Por qué, señora Warren?

—Bueno, es un lugar muy apacible y ameno durante el día. Pero al atardecer…

—¿Qué, señora Warren?

—Bueno —respondió Sally, como si se excusara a la mujer de dar crédito a tales supersticiones—, dicen que los muertos del cercano cementerio se pasean por el bosque.

La mujer soltó una contenida carcajada.

—¿Usted cree en tales cosas? —preguntó.

—No, claro que no —desvió Sally la mirada—; pero como tío Harry hace tan poco que nos dejó…

—¿Qué?

Sally acabó diciendo:

—Yo… bueno, supuse que tal vez se sintiera usted un poco inquieta al cruzar por un lugar tan solitario y cercano al cementerio.

La mujer se limitó a alargar su mano.

—Hasta la vista, señora Warren —dijo—. He tenido mucho gusto en conocerla, pero me abstendré de volver a visitarle; no deseo despertar la hostilidad de su esposo. Nos veremos en Londres, en el despacho del abogado.

Sally esperó a que la mujer cruzara el jardín y saliera al camino, envuelto ya en las primeras sombras del anochecer.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes—. ¡Ya puede decir esa maldita zorra que nos ha dado una buena sorpresa!

—¿No estás bebiendo demasiado? —dijo Sally al regresar de nuevo al salón.

—La ocasión lo merece, ¿no? —respondió en tono sarcástico Tom, sentándose junto al fuego con el vaso en la mano.

Sally se sentó frente a él.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Tom al cabo de un rato, extrañado del mutismo de su esposa.

—En lo mismo que tú, supongo.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Tom Warren—. ¿Qué va a suceder ahora?

—Bueno —torció el gesto Sally—. Esa mujer me ha insinuado que, después de la boda, tío Harry varió su testamento.

—¡Era de esperar! —gimió él—. ¡Seguro que se lo deja todo a ella!

—Ya veremos. Dentro de unos días, cuando se proceda a la lectura del testamento, saldremos de dudas.

El teléfono sonó en aquel instante.

Sally, que estaba más próxima al dorado aparato, se levantó para descolgar el auricular.

La conversación fue muy corta.

—Era el señor Thomson, el albacea —dijo Sally—. Recibiremos una comunicación por escrito, pero nos adelanta que debemos estar en su oficina de la *City* el próximo martes, a las once de la mañana.

—¿El martes?

—Sí.

—¡Diablos! —exclamó Tom, que había estado consultando su agenda—. ¡El próximo martes es día trece! ¡Martes y trece!

—No seas estúpido, eso no importa.

—Sí, tienes razón —se sirvió un poco más de *whisky* él—.

Cuando uno ha nacido con mala estrella, no hay que esperar a que sea martes y trece para que le ocurra cualquier desgracia.

Y añadió:

—Lo que más me fastidia es que todo lo que hicimos sólo ha servido para facilitar las cosas a esa mosquita muerta.

—¿Has dicho muerta? —Pareció despertar Sally de su ensimismamiento.

—Sí —respondió Tom.

—Acabas de darme una idea, querido —sonrió ella con expresión siniestra.

CAPÍTULO 8

El señor Thomson, de la firma Thomson y McGuire, era un hombre de unos sesenta años, muy atildado y ceremonioso.

—Han sido ustedes puntuales —dijo, moviendo la cabeza con aprobación, después de consultar su reloj de bolsillo.

La viuda. Tom Warren y Sally no hicieron comentario alguno. Sólo Tom, el más nervioso de los tres, se permitió un ligero carraspeo.

El señor Thomson procedió a la lectura.

El testamento era muy breve.

Estaba fechado unas semanas antes y, en resumen, despojado de todo tecnicismo, venía a decir lo siguiente:

La señora Whitmann, de soltera Corinne Rowell, como viuda del difunto Harry Whitmann, heredaba toda la fortuna del finado, excepto una manda de cuatro mil libras esterlinas para Sally y otros pequeños legados para los criados. No obstante, si la principal beneficiaría fallecía, toda la fortuna pasaría a Sally.

—¡Diablos! —exclamó Tom, a quién el abogado observó por encima de los lentes con reconvención.

—Se trata de un testamento un tanto peculiar —manifestó el abogado—. Yo le insinué al señor Whitmann que era preferible redactarlo de otra manera y no me hizo caso. No me gusta hablar mal de los muertos, pero debo admitir que mi cliente y amigo era un poco testarudo.

—Bien —dijo Sally, que aparentemente, se había tomado la cosa con calma—: nos marcharemos de la casa inmediatamente.

—No tenga prisa, querida —intervino con amabilidad la viuda —. Pueden permanecer en la finca de Blackheath un par de semanas. Tengo que arreglar algunos asuntos en Londres, y no me instalaré allí inmediatamente.

Corinne abrió su bolso y sacó un tubo de comprimidos.

—¿Podría usted facilitarme un poco de agua? —solicitó al abogado.

—Por supuesto, señora.

Corinne se echó un par de comprimidos en la boca y los tragó mediante un sorbo de agua, ofrecida por la secretaria del abogado.

—¿Se encuentra usted mal, señora? —preguntó el señor Thomson con interés.

—No, no es nada. Mi corazón, ¿comprende? No me convienen las emociones.

—Comprendo, señora. En el piso de abajo vive un médico. Si estima necesario que…

—No, gracias. Ya estoy mejor.

En realidad, era Tom Warren quien hubiera necesitado los cuidados de un médico.

Tal como había anunciado, Corinne Rowell, viuda de Whitmann, se instaló en la mansión de Blackheath dos semanas después.

Lo primero que hizo fue despedir a Evans, el mayordomo. Pero conservó a su servicio a la cocinera, la anciana e hipoauditiva señora Mills.

—¿Para qué quiero un mayordomo —comentó la nueva dueña de la casa con la vieja sirviente— si voy a vivir en Londres durante casi todo el año?

La señora Mills asintió, a pesar de que no había entendido del todo las palabras de Corinne, debido a que ésta, a causa de la suavidad de sus maneras, apenas movía los labios para hablar.

A la viuda, en realidad, no le interesaba conservar aquella vieja mansión enclavada en las afueras de un pueblo tan vulgar y aburrido y, por añadidura, edificada tan cerca del cementerio.

—La pondré en venta lo antes posible —se dijo.

Lo más sustancioso de aquella herencia que le había llovido del cielo era el dinero.

El albacea le había dicho que, después de descontar los impuestos, honorarios y otros gastos, quedaría a su disposición un capital en efectivo de casi un millón de libras.

Nunca pudo imaginar, cuando tomó parte con sus amigas en aquella excursión a Escocia, que el viaje iba a resultar tan productivo.

—¡Ah! —había exclamado en más de una ocasión—. Todo esto me parece un sueño. Y pensar que estuve a punto de no hacerle caso…

Pero ¿se pueden rechazar las pretensiones de un hombre, aunque sea un vejestorio con un pie en la tumba, cuando éste te ofrece testar a tu favor el mismo día de la boda?

Había tenido suerte.

Mientras ella estaba en Londres, preparándose para ir a reunirse con su esposo, éste había sufrido aquel fatal accidente.

Lamentaba —no mucho, ésa es la verdad— que aquellos dos jovenzuelos se hubieran quedado sin nada.

Pero a los esposos Warren les quedaban muchos años por delante para encauzar su vida y labrarse un porvenir.

Era absurdo compadecerles.

—He procurado ser amable con ellos —se dijo—, pero ni siquiera han aceptado mi hospitalidad.

Sally y Tom se habían alojado en el hotel del pueblo, pero no tardarían en regresar a Londres, ya que Tom tenía que incorporarse a su trabajo.

La excedencia que había solicitado en el banco había tocado a su fin, al igual que todas sus esperanzas de conseguir un radical cambio de vida, pasando de la miseria a la opulencia.

Su siniestro plan para deshacerse de tío Harry no había servido para nada.

¿De nada?

Bueno, había servido para que aquella entrometida viuda se quedara con todo.

Aquella odiosa mujer había entrado en posesión de una cuantiosa herencia a los pocos días de la boda, sin verse obligada a convivir ni un solo día con el carcamal de su marido.

¿Tendrían que resignarse ante lo inevitable?

Tom Warren, muy a su pesar, sí lo habría hecho; pero Sally, su esposa, no era de las que se resignan fácilmente.

CAPÍTULO 9

La tormenta que había estado amenazando toda la tarde, estalló con gran violencia al anochecer.

La señora Mills, que estaba preparando la cena, cerró la ventana de la cocina para no ver los relámpagos. Por lo que respectaba a los truenos, gracias a su sordera, no tenía motivos para preocuparse.

Arriba, en el piso superior, Corinne cubrió su desnudo cuerpo con una bata y se dispuso a entrar en el cuarto de baño.

En aquel momento se apagó la luz.

—¡Vaya! —exclamó, buscando a tientas las cerillas que guardaba en la mesita de noche.

Cuando las encontró, encendió la vela colocada en una palmatoria de porcelana.

La señora Mills, en su cocina, hizo lo mismo, mientras gruñía con expresión malhumorada:

—Siempre que hay tormenta ocurre lo mismo.

Corinne, llevando la vela encendida, entró en el amplio cuarto de baño. Colocó la palmatoria sobre un taburete y se acercó a la bañera para abrir el grifo del agua caliente.

Pero, súbitamente sobresaltada, se detuvo a medio camino.

¿Qué era aquello?

El rumor, parecido a un quejido, parecía salir del interior de la inmensa bañera.

—¡Otra vez ese maldito animal! —exclamó.

Se refería al gato de la señora Mills, que siempre andaba por toda la casa.

—Le ordené que se lo llevara —murmuró—, pero veo que no me ha hecho caso.

Sin embargo, ¿podía un gato emitir aquella especie de lamento entrecortado, casi humano?

Retrocedió en busca de la palmatoria y, con ella en la mano, se

acercó a la bañera para examinar de cerca su interior.

Cuando vio lo que había en el fondo, un grito de espanto salió de su garganta.

La palmatoria se escapó de su mano, haciéndose añicos contra el suelo.

La vela rodó, todavía encendida, hasta chocar contra uno de los rincones, apagándose.

—¡No! —volvió a gritar Corinne.

La «cosa» que estaba en el interior de la bañera se puso en movimiento, alzando una de sus garras hacia ella.

Era el cuerpo de un hombre, cubierto de barro fosforescente, que envolvía como un apestoso sudario su carne medio podrida y gelatinosa.

Los ojos del espectro refulgían en la oscuridad, mientras su boca entreabierta en una horrible sonrisa, mostraba unos agudos dientes teñidos por una materia viscosa y sanguinolenta.

—Corinne… Corinne… —dijo el cadáver viviente—. No te asustes… Soy Harry…

—¡No! —retrocedió ella—. ¡No es posible!

Quiso correr hacia la puerta, pero las garras de aquel horrible ser la enlazaron por el talle.

—¡No! —Se debatió ella, notando en su nuca el apestoso aliento del muerto.

—Eres mi esposa… mi esposa querida… —murmuró a su oído la repugnante aparición—. Tengo derecho a mi noche de bodas. Sólo así podré descansar tranquilo en mi tumba.

Corinne ya no pudo escuchar estas últimas palabras, pues su corazón enfermo, incapaz de soportar aquella terrible situación, le había estallado en el pecho.

El fantasma de Harry Whitmann, al notar la flacidez del cuerpo de Corinne, soltó su presa.

Al desplomarse, la cabeza de la mujer rebotó contra el suelo. El fantasma apartó el cadáver con el pie y salió del cuarto de baño, cruzando el dormitorio y saltando al exterior por la ventana.

Bajo la lluvia, iluminado a trechos por la lívida luz de los relámpagos, el «muerto» corrió por el jardín y se adentró en el bosque, como si tuviera la intención de regresar a su tumba.

Una hora después, cuando volvió la luz, la señora Mills encontró

el cuerpo sin vida de su ama, tendido sobre el azulado pavimento del cuarto de baño.

—Un ataque al corazón —dijo el doctor Burguess.

Corinne Rowell, viuda de Harry Whitmann, fue enterrada en el cementerio de Blackheath, en el panteón de la familia, junto a su esposo.

Tom Warren y Sally asistieron al entierro, esforzándose por adoptar una expresión apenada.

—¡Infeliz mujer! —comentó el señor Thomson, de la firma de abogados Thomson y McGuire, que se había desplazado a Blackheath para asistir a la fúnebre ceremonia—. De la herencia de mi amigo y cliente, sólo ha podido disfrutar este panteón, que pertenece a los Whitmann desde hace cien años.

Luego, una vez reunidos en la casa, el abogado, sentado junto a la encendida chimenea y con un vaso de *whisky* en la mano, dijo a los esposos Warren:

—Bien, señor y señora Warren, esta tragedia que de forma tan inesperada nos ha conmovido, no deja de tener un aspecto ciertamente positivo para ustedes.

—Nosotros… —empezó a decir Tom.

—Por favor, querido —le interrumpió Sally—, ¿por qué vamos a andarnos con remilgos? El señor Thomson es un hombre de mundo y con mucha experiencia, y sabe perfectamente a qué atenerse.

—En efecto —asintió el abogado, lanzando una mirada especulativa sobre Sally.

—La herencia…

—La herencia es suya, señora Warren —entornó los ojos al albacea.

—Sí —sonrió ella.

—Y como ahora no estoy en el despacho de la firma que represento, me permitiré decirlo de una manera más rotunda.

Movió el vaso de *whisky* que tenía en la mano, haciendo tintinear el hielo, y añadió:

—¡El botín es suyo, muchacha!

Tom Warren hizo un ademán de protesta, pero se contuvo al observar que su esposa permanecía del todo tranquila.

—¿Un poco más de *whisky*? —preguntó al señor Thomson.

—No, gracias.

—¿Cuándo podemos pasar por su oficina para…?

—¿Para formalizar la entrega del botín?

—¡Exactamente!

—Tendré el honor de avisarla en el momento oportuno. La cosa requiere ciertas formalidades.

—¡Oh!

—No, no tema: no habrá dificultades. Las cláusulas del testamento son claras.

—En el fondo, señor Thomson, ¿no cree usted que se ha hecho justicia?

—¿Justicia? —Enarcó las cejas el abogado.

—Sí.

—¡Oh! —asintió el señor Thomson—. Ya comprendo. Usted cree tener más derecho que esa infeliz mujer a disfrutar de la herencia del pobre Harry.

—Soy su sobrina.

—Sí, claro. Y Corinne Rowell no era más que su viuda.

—Esa boda, señor Thomson, nunca debió celebrarse. Mi tío no estaba en condiciones de sustraerse a los menopáusicos encantos de esa pequeña zorra con apariencia de oveja desvalida.

—¡Señora Warren!

—Vamos, vamos —sonrió Sally con cinismo—. ¿Por qué se altera? Como usted mismo ha dicho, ésta es una conversación informal. Yo también puedo permitirme el lujo de llamar las cosas por su nombre. ¿No nos trató usted poco menos que de piratas al comentar que estábamos a la espera del botín?

—Pero la esposa de su tío está muerta…

—¿Y qué pretende usted? ¿Qué me ponga a llorar?

—Sally, por favor —intervino en tono conciliador Tom Warren, temeroso de que su esposa fuera demasiado lejos.

—¡Cállate! —le espetó ella.

—Pero…

—¡Esa mujer no era más que una intrigante, una advenediza!

—Dejemos en paz a los muertos, ¿no le parece? —dijo el abogado, colocando el vaso sobre la mesita.

—Sí —se dominó Sally—, tiene usted razón.

—Debe usted disculpar a mi esposa, señor Thomson —intervino

otra vez Tom—. Está un poco nerviosa.

—Lo comprendo —se levantó el abogado, que un instante antes había consultado su anticuado reloj de bolsillo.

—¿Se marcha? —preguntó Sally.

—Sí. No quiero perder el último tren para Londres. Esta noche estoy invitado a cenar en casa del señor McGuire, mi socio.

Y añadió, mientras Tom le entregaba el sombrero y el paraguas:

—Recibirán mi llamada uno de estos días.

—Bien, señor Thomson —respondió Sally—. Le deseo un buen viaje.

—Y yo un sueño reparador, señora Warren, después de tantas emociones.

—No se preocupe: «Arrulle el sueño de tu mente, y que nunca entre nosotros se interponga la desgracia».

El abogado sonrió.

—Puesto que usted se ha permitido citar a Shakespeare, señora Warren, permítame que le conteste con una cita de Goethe: «Si no quieres que los cuervos graznen en torno a tu cabeza, haz por no ser la punta del campanario de la iglesia».

Y dicho esto, se encaminó hacia la salida y se marchó.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Tom cuando el matrimonio se quedó a solas en el salón.

—Nada.

—Tengo la impresión de que nos ha llamado cuervos.

—¡Olvídalo! —replicó ella con expresión adusta—. Y por lo que a ti respecta, no te preocupes: nadie podría confundirte con un ave de rapiña. Más que un cuervo, pareces una gallina asustada.

—Tal vez; pero debo recordarte que he sido yo quien…

—¡Cállate! Convinimos en que no volveríamos a hablar de eso, Tom. Enterremos el pasado.

—Sí, Sally.

—Ve a la bodega y sube una de las botellas de Jerez que tío Harry guardaba para las grandes ocasiones. Quiero que brindemos por nuestro futuro.

—¿Te parece oportuno?

—¿Por qué no? —le empujó ella con suavidad.

—Pero…

—¿Qué te pasa? ¿Es que tienes miedo a encontrarte en la

bodega con el fantasma de tío Harry?

Tom soltó un respingo.

—Te acompaño —le tomó ella por el brazo, soltando una carcajada.

Cerca de allí, al otro lado del bosque, en el cementerio, la lluvia lloraba sobre las tumbas, y también sobre el viejo panteón de los Whitmann.

Los trámites para el traspaso de la herencia fueron más breves de lo que ellos imaginaban.

Cierta noche, Sally, que había estado buena parte del día trajinando en el jardín, decidió subir al piso superior para tomar un relajante baño.

—El señor no tardará en llegar —le dijo a la señora Mills—. Procure tener la cena lista para dentro de una hora.

—Bien, señorita —respondió la cocinera.

—Tal vez le agrade saber que me he puesto en contacto con Evans para que vuelva a ocupar su antiguo puesto.

—Me alegro, señorita. Así, todo volverá a ser como antes.

—¿Cómo antes?

—Bueno, excepto en lo que se refiere al señor Whitmann. El pobre señor Whitmann…

—Todos tenemos que morir, señora Mills.

—Sí, señorita.

Y la anciana, secándose los ojos con la punta del delantal, se encaminó hacia la cocina.

Sally se desperezó antes de levantarse del sillón. Se estaba bien junto al fuego, pero no quería quedarse amodorrada antes de la cena, pues eso le quitaba el apetito.

Fuera hacía mucho frío, pero la casa estaba bien caldeada, gracias a la calefacción adicional que tío Harry, a pesar de su proverbial tacañería, había hecho instalar.

Por eso resultaría muy agradable tomar un baño antes de la comida vespertina.

«Cuando venga Evans —pensó mientras subía las escaleras—, ya se ocupará él del jardín».

El dormitorio estaba iluminado por el resplandor de la luna. Sally encendió la luz y cerró las pesadas cortinas.

Se desnudó y, como tenía por costumbre, no se tomó la molestia

de ponerse una bata o el albornoz de baño.

El radiador instalado en la habitación funcionaba a la perfección.

Sally se observó en el espejo del armario ropero, mientras pensaba en la conveniencia de cambiar aquellos viejos muebles por otros más modernos y funcionales. El resto de la casa la dejaría tal como estaba, por supuesto; pero el dormitorio, con aquella cama alta y con dosel y el tocador tan incómodo, necesitaba un cambio. Pondría también moqueta en el suelo y unas cortinas más alegres.

Ahora ya no tendría que pedir permiso a nadie para hacer las modificaciones que considerara necesarias.

El espejo le devolvió la imagen de un cuerpo esbelto y bien formado.

—¡Hum! —murmuró con expresión maliciosa—. Ese atolondrado de Tom puede considerarse un tipo afortunado.

Pensó que su marido no se había portado mal del todo. Le costaba decidirse, pero, al fin, reaccionaba siempre de forma adecuada.

Era indudable que había actuado con gran eficacia al provocar el accidente que había enviado a la tumba a tío Harry.

En cuanto a lo «otro», tampoco tenía motivos para sentirse defraudada.

El disfraz, a juzgar por los resultados obtenidos, había sido perfecto.

Sonrió al pensar en ello.

—Me imagino el susto que se llevaría esa estúpida al ver aparecer ante ella el «cadáver» de tío Harry —se dijo.

Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente para llenar la bañera.

Mientras dejaba correr el agua, se sujetó los largos cabellos y se colocó en la cabeza un pequeño gorro de plástico para evitar que se humedecieran.

Poco después, Sally se metió en la bañera y empezó a friccionarse el cuerpo con un gel espumoso y perfumado.

No había encendido la luz, pues consideró suficiente la claridad que le llegaba desde la habitación contigua.

Cuando la bañera se llenó de espuma, inclinó la cabeza hacia atrás y relajó todos sus músculos, cerrando los ojos.

Cuando los abrió, creyó ver una vaga sombra moverse en el dormitorio.

—¡Señora Mills! —exclamó.

Nadie le respondió.

Sin embargo, era evidente que alguien había entrado en el dormitorio.

—¡Tom! —dijo.

La sombra se recortó en el marco de la puerta.

Estuvo a punto de lanzar un grito, pero se limitó a proferir una exclamación de disgusto.

—¿A qué viene esa broma de mal gusto, Tom? —preguntó—. Ya te dije que quemaras ese disfraz. Conservarlo puede ser peligroso.

La sombra no contestó.

—¿No me has oído, Tom? —habló ella con irritación—. Deja de hacer el payaso y ven a frotarme la espalda.

La monstruosa aparición avanzó hacia la bañera.

Era algo tangible, pero al mismo tiempo fantasmal. La especie de sábana que cubría el cuerpo del supuesto cadáver formaba una masa pegajosa sobre la carne en descomposición, dejando libre la cabeza momificada, en la que brillaban unos ojos siniestros y malignos.

La boca, ya sin labios, dejaba ver unos dientes amarillentos, engarzados en unas encías sangrantes.

—¡Ya basta! —Se enfadó Sally—. ¡Quítate esta porquería de encima y acaba de una vez con esa estúpida broma!

Una especie de ronquido, como surgiendo de unos pulmones asmáticos, brotó de la garganta del cadáver.

—Soy tío Harry —murmuró la aparición, extendiendo su descarnada mano hacia ella.

—¡Déjame en paz, imbécil! —gritó Sally.

Un olor a podrido, dulzón y enervante, inundó todo el cuarto de baño, mezclándose con el aroma de las sales perfumadas que había vertido en el agua.

La mano del muerto le rozó el rostro, mientras varios pedazos de carne podrida rebotaban contra el suelo.

—¡No! —gritó Sally, saltando de la bañera con el cuerpo cubierto de espuma.

Quiso correr hacia la puerta para escapar de aquel inconcebible

horror, pero el espectro de tío Harry le cortó el paso, abriendo los brazos.

—¡Señora Mills! ¡Señora Mills! ¡Auxilio! —volvió a gritar Sally al sentirse abrazada por el cadáver viviente.

Su rostro, pegado al pecho del muerto, notó el tibio contacto de la masa pegajosa y pútrida que lo cubría.

Una oleada de fuego le inundó el cerebro.

Su boca se abrió para gritar, pero de ella sólo salió una acre arcada, un vómito incontenible.

Sally, desesperada, encontró fuerzas suficientes para empujar al fantasma, para zafarse de su asqueroso contacto.

—¡No! ¡No! —gimió, mientras cruzaba la puerta.

Vio que la ventana estaba abierta y que por ella entraban, chillando y brincando enloquecidas, unas enormes ratas, acompañadas de otras repugnantes alimañas.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Escuchó a su espalda—. No he venido solo, pequeña. Cuando vengas a hacernos compañía, ya sólo quedarán de ti unos descamados huesos.

Las ratas y los otros bichos se agarraron a sus tobillos, a su costado y a su rostro, mordiéndola con avidez.

Sally manoteó en el aire, intentando correr hacia el pasillo.

Lo consiguió, pero no pudo evitar que el espectro de tío Harry y los bichos la siguieran.

El cuerpo desnudo de Sally bajó las escaleras casi rodando y dando alaridos de espanto.

Cuando llegó al salón, el teléfono empezó a sonar de forma insistente.

Sally corrió hacia él y consiguió descolgarlo.

Se lo acercó al oído.

La voz lejana de Tom le llegó al oído, mezclada con los acordes de una música sincopada.

—¡Sally! —le dijo su marido a través del teléfono—. ¿Cómo has tardado tanto en responder?

—¡Tom! —gimió ella, mientras las ratas se ensañaban en sus tobillos.

No podía hablar.

—Escucha, querida —siguió diciendo Tom—, te llamo para decirte que iré tarde a cenar. Estoy en el bar del pueblo tomando

unas copas con unos amigos y…

Antes de que ella pudiera contestar, dos garras la atenazaron, arrastrándola hasta uno de los extremos del salón.

Las ratas y los otros bichos saltaron sobre ella, mordiéndola con feroz saña.

—¡Socorro! —gritó, alzando su mano hacia el auricular, que, pendiente del cordón, se balanceaba al borde de la mesa.

Un repugnante lagarto se introdujo en su boca, ahogando su grito.

La risa del muerto, parecida a un siniestro gorgoteo, resonó en el salón, solamente iluminado por el oscilante y rojizo resplandor de las llamas de la chimenea.

Mientras proseguía el horrible banquete, del descolgado auricular salía la apremiante voz de Tom:

—¡Sally! ¿Qué te ocurre? ¡Contesta! ¡Contesta! ¿Qué te ocurre, Sally?

Pero Sally, convertida en una masa sanguinolenta, ya no podía responder.

¡Estaba muerta!

INTERMEZZO

CAPÍTULO 10

—Oiga —me dio un codazo la gorda, volviéndome a la realidad —. ¿Se encuentra usted mal?

Yo abrí los ojos, que había mantenido cerrados mientras había durado aquella terrible visión.

—No; no se preocupe —le respondí, mientras me pasaba la mano por la frente.

—¿Es que no le interesa la subasta?

—No mucho.

La voz del subastador nos impuso silencio, dando un golpe de maza sobre la mesa.

—Ofrecen sesenta y cinco libras por este artístico teléfono en perfecto estado de funcionamiento —dijo—. ¿Hay quién de más?

—¡Setenta libras! —gritó alguien desde el fondo de la sala.

—¡Ofrecen setenta libras! —señaló con la maza el subastador.

—¡Setenta y cinco! —Alzó la mano otro de los asistentes a la subasta.

—¡Ochenta! —dijo la gorda que tenía a mi lado.

Yo la observé con expresión risueña y ella me devolvió la sonrisa.

—Me gusta —se justificó—. Es un objeto muy decorativo, ¿no le parece?

Yo me encogí de hombros.

—¡Ofrecen ochenta libras! —clamó el subastador—. ¿Hay quién de más?

Nadie respondió.

—¡Ochenta libras a la una! ¡Ochenta libras a las dos! ¡Ochenta libras a las tres!

Y golpeó la mesa con la maza.

—¡Adjudicado!

La gorda se levantó de su asiento con una sonrisa de triunfo en

su mofletudo rostro y, a una señal del tipejo calvo, se acercó al estrado.

El hombrecillo tomó el dorado teléfono y se lo entregó a la gorda, invitándola a entrar en el despacho contiguo para formalizar la venta.

Ya no volví a verla.

A continuación se subastaron otros cachivaches, la mayoría de los cuales fueron desestimados por los concurrentes.

Algunos, visto el escaso interés del lote, se fueron marchando. Yo me disponía a imitarles, pero permanecí sentado al observar el objeto que se iba a subastar.

Era un cuadro.

En realidad, una miniatura enmarcada en un marco dorado y negro que realzaba en gran manera la pequeña pintura.

El hombrecillo la fue mostrando a los que evidenciaron su interés por examinarla.

Cuando la tuve en mis manos, vi que se trataba de un óleo que figuraba un paisaje.

El artista había captado el rincón de un bosque sombrío en el que, rodeada de unos árboles de troncos añosos y retorcidos, se levantaba una casa.

No se veía ninguna figura, pero la puerta de la casa estaba entreabierta, brillando una luz mortecina a través de una de las ventanas.

Era lo único que parecía tener vida en todo el conjunto.

No soy un entendido en arte, pero aquella miniatura, pese a que en el catálogo indicaba que procedía de un autor desconocido, me cautivó desde el primer instante.

—Me permito llamar su atención sobre esta delicada miniatura —dijo el subastador—. Como observarán, figura en el catálogo con un precio irrisorio: seis libras.

No era cara.

Noté una extraña sensación al tenerla entre mis manos, pero no provocó en mí ninguna clase de «visión».

Al parecer, era un objeto sin historia, completamente vulgar y anodino.

Pero a mí me gustaba.

—Sólo el marco ya vale más —se dirigió a mí el subastador,

consciente de que la miniatura había despertado mi interés.

Un interés que, al parecer, no era compartido por el resto de los asistentes a la subasta. Por ese motivo, sólo tuve que pagar cinco libras para convertirme en el dueño de la pequeña pintura.

En el despacho contiguo a la sala, el hombrecillo calvo me felicitó por la compra, mientras me entregaba el pequeño cuadro primorosamente envuelto en un papel de embalaje.

Cuando salí a la calle, llevando debajo del brazo mi reciente adquisición, busqué un sitio para comer.

—Bueno —me dije—, para celebrar el acontecimiento, en lugar de meterme en un *help yourself* entraré en un restaurante de verdad.

Me sentía satisfecho.

Pero si hubiera podido imaginar lo que iba a ocurrir con aquella pintura, la habría arrojado al Támesis inmediatamente.

No lo hice, por supuesto.

Lamentablemente, hasta un tipo tan listo como yo puede comportarse a veces como un estúpido.

LA MINIATURA

CAPÍTULO 11

La comida fue excelente.

Lo único que me disgustó fue que en la mesa contigua a la mía se sentó un superintendente de Scotland Yard.

No; no es que el tipo figurara entre mis conocidos. Fueron los camareros, al dirigirse a él, quienes me descubrieron su identidad.

«¿Está usted a gusto, señor superintendente? ¿Tomará usted vino blanco con el entrante, señor superintendente? Le recomiendo el asado de buey, señor superintendente».

El fulano dijo a todo que sí.

Y, como remate, se fumó un excelente habano a la hora del café.

Yo también hice lo mismo.

Pagué la cuenta y dejé una buena propina.

Cuando estaba llegando a la puerta de salida, uno de los camareros que me había servido corrió detrás de mí.

—¡Señor! ¡Señor!

Yo me volví.

No estaba acostumbrado a que me llamaran «señor», pero comprendí que sólo podía referirse a mí, pues nadie más se disponía a abandonar el establecimiento en aquel instante.

—Señor —me dijo, sonriendo—, se olvida usted esto.

Y me alargó la miniatura, envuelta en el papel de embalar, que una hora antes había adquirido en la subasta.

—¡Oh! —le agradecí la atención—. Todos los sabios son distraídos.

—Eso dicen, profesor —me mostró sus caballunos dientes el camarero, engañado por mis gafas y mi severo atuendo.

—Nada de profesor, amigo —le respondí, tomando el paquete.

El camarero se sorprendió:

—Como usted dijo que todos los sabios…

—Yo sólo soy distraído —le aclaré con buen humor—. Gracias

por su amabilidad. Lamentaría perder esto.

¿Lamentarlo?

Pues sí, habría experimentado un gran disgusto si mi reciente adquisición se hubiera extraviado.

Lo cual, si bien yo lo ignoraba en aquel momento, habría sido una gran suerte.

Habría vuelto en busca de la miniatura, por supuesto; pero tal vez demasiado tarde.

De haber tardado mucho, alguien —un restaurante de lujo no supone que todos sus clientes sean honrados— podía habérsela llevado.

Una vez en la calle, siempre con el pequeño paquete debajo del brazo, entré en una cabina telefónica.

Dejé la miniatura sobre el estante colocado al pie del aparato y, descolgando el auricular, coloqué una moneda en la ranura.

Marqué un número y esperé.

Otra vez estaba perdiendo el tiempo, ya que nadie descolgó el teléfono al otro lado de la línea.

Kate no estaba en casa.

—Bueno —me dije, colgando el auricular—, tendré que esperar a la noche para saludarte. Un saludo que, al mismo tiempo, será una despedida definitiva, pequeña.

Como no me apetecía volver al cuartucho que me habían buscado Stone y Winkler, me metí en un cine.

Lo lamento por Harrison Ford y su hermosa compañera en la película —*Indiana Jones*—, pero me fue imposible prestar la atención debida a sus andanzas y correrías por la pantalla.

Me quedé dormido.

Cuando desperté, a los sones de una música de fondo un poco estridente, se estaban encendiendo las luces.

Esperé unos momento y, algo adormilado todavía, me encaminé hacia la salida.

Era ya de noche.

Tomé un taxi y me hice conducir a Chelsea, indicando al chófer que se detuviera una vez cruzado el puente sobre el río.

Una vez en mi habitación, me dirigí a la pequeña cocina del apartamento y me preparé un café bien cargado.

El habano que me había fumado en el restaurante me había

dejado un regusto amargo en la boca y, antes de saborear el café, entré en el lavabo para limpiarme los dientes.

Luego, cómodamente instalado en uno de los desvencijados sillones, desenvolví el paquete y me puse a contemplar el pequeño óleo que había adquirido.

—Lo conservaré como recuerdo —murmuré—. Cuando me instale en un lugar seguro del extranjero, esto me recordará mi país.

Yo no soy precisamente lo que se suele llamar un patriota. El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, con inclusión de todas sus colonias y protectorados, me importa un comino.

A mi padre, que luchó contra Hitler en la Segunda Guerra Mundial, ganando un par de medallas por su heroico comportamiento en el campo de batalla, su patriotismo no le evitó que se pasara largas temporadas en la cárcel.

Ningún juez se mostró benevolente con él a la hora de juzgar sus pequeñas fechorías.

Eso fue lo que me indujo a mí a picar más alto.

Puesto que de todas maneras te exponías a que te metieran en chirona, era preferible dedicarse a asuntos importantes.

Los resultados me demostraron que mi teoría era del todo satisfactoria.

Jugué fuerte —asalto de varios bancos y otras menudencias— y gané.

Sólo cometí una torpeza: regresar a Inglaterra después de depositar en Suiza el producto de mis hazañas.

Pero estaba Kate.

Mi chica se había quedado aquí y yo —ya he dicho en otra ocasión que el tipo más listo podía comportares a veces como un imbécil— no podía pasar sin ella.

No es que se me hubiera metido en el corazón, como dicen los cursis, pero la verdad es que, sin yo darme cuenta, se me había hecho imprescindible.

¡Diablos, y cómo hice el primo!

Kate, que ya me había remplazado en su corazón y en su cama por ese maldito jovenzuelo, me denunció a la Policía para que no me interpusiera entre ella y Richard, truncando el recién inaugurado idilio.

Su traición, por supuesto, no iba a servirle de nada.

Mejor dicho, iba a servirle para que una de las balas de mi pistola se incrustara en su atolondrada cabeza.

—No le guardo ningún rencor a ese rubiales de ojos azules —me dije mientras examinaba el arma que ya había servido para liquidar a Tommy, el chófer del inspector de prisiones—, pero si está con ella, correrá la misma suerte.

A pesar del café y de la pequeña siesta que me había echado en el cine, me quedé dormido en el sillón.

Y otra vez ocurrió «aquello».

Sin transición alguna, como si cruzara bruscamente de la oscuridad a la luz, me encontré en el piso de Kate.

La muy zorra, vistiendo una de sus transparentes batas —no hace falta decir quién había pagado la factura—, estaba hablando por teléfono.

—Sí, Richard, ya lo tengo preparado. Las maletas grandes ya están en la consigna de la estación y ahora iba a llenar el equipaje de mano.

Escuchó lo que le decía el rubiales, jugando con el largo cordón del auricular, y luego prosiguió diciendo.

—Sí, también me he ocupado de eso. Pero el tipo que ha comprado el apartamento va a permitir que pasemos en él nuestra última noche de permanencia en Londres. Mañana, cuando nos marchemos, dejaremos las llaves al conserje… ¿Cómo?… ¿Una despedida?

Kate sonrió, mientras se acariciaba uno de sus turgentes senos.

—De acuerdo, de acuerdo, ya hablaremos de eso. Sí, pichoncito, no tardes.

Y colgó.

Mis poderes de visión a distancia, aunque a veces me ocasionaban algunas perturbaciones y molestias, resultaban muy convenientes en algunos casos.

Éste era uno de ellos.

Vi cómo Kate entraba en la cocina y preparaba unos emparedados, comprobando si quedaban todavía algunas botellas de cerveza en la ya casi vacía nevera.

Sin duda para animarse e irse poniendo a tono, vertió un poco de ginebra en un vaso y se bebió el contenido de un trago.

Luego, despojándose de la bata, entró en el cuarto de baño para

darse una ducha.

—¡Por todos los diablos! —exclamé—. No me extraña que ese bobalicón haya perdido el seso por ella.

Estaba más hermosa que nunca; su piel dorada brillaba al contacto del agua y su cuerpo se movía como el de una gacela retozona.

Casi sentí lástima por ella al pesar que, dentro de un par de horas, cuando yo estuviera allí «realmente», toda su juventud y belleza quedarían truncadas por la bala que yo mismo alojaría en sus sesos.

Kate salió del cuarto de baño en el mismo momento en que empezó a sonar el timbre de la puerta.

—¡Ya voy! —gritó, mientras cubría su cuerpo desnudo con la transparente bata.

Richard entró en el apartamento, radiante de felicidad, pero un poco nervioso.

—Toma —le dijo, alargándole el ramo de flores que llevaba en la mano.

Ella lo tomó con la misma ilusión que si aquellos multicolores hierbajos hubieran sido el mejor de los regalos.

Ni siquiera en la ocasión en que yo le ofrecí aquel broche de platino y diamantes se había mostrado tan entusiasmada.

—Hueles muy bien —dijo el cretino, abrazándola por el talle.

—Serán las flores…

—No, Kate, eres tú.

Y empezó a acariciarla.

—Espera —le dijo Kate—; no seas impaciente.

Se desprendió de él y le empujó suavemente hacia el diván.

—He preparado algo —dijo.

—No tengo hambre —manifestó Richard.

—No importa —sonrió ella, mientras entraba en la diminuta cocina para ir en busca de los bocadillos y las cervezas.

Noté que Richard estaba un poco pálido y preocupado.

Kate, también lo advirtió.

—¿Qué te ocurre, pichoncito? —le preguntó, depositando la bandeja sobre la mesita baja que estaba situada frente a él.

—Nada.

—No me engañes, Richard; lo noté así que te vi entrar por la

puerta.

—Figuraciones tuyas, Kate.

—¡Hum!

—¿Qué quieres que me ocurra?

—No lo sé, pero te veo preocupado.

—¿Por qué iba a estar preocupado? —desvió Richard la mirada, mientras se pasaba la mano por los rubios cabellos.

—Espero que tú me lo digas, pichoncito.

—Yo…

—Vamos, suéltalo ya —se impacientó Kate—. ¿Acaso estás arrepentido de llevarme contigo?

—¿Cómo puedes ni siquiera imaginarlo?

—Bueno —torció ella los pintados hocicos—, tal vez no estés muy seguro de que tus padres me acepten.

—¡Te aceptarán!

—¡Hum!

—Ya les he avisado de nuestra llegada.

—¿Y qué te han dicho?

—Que confían en mí, y esperan que haya hecho una buena elección. Además, soy mayor de edad y dueño de mis actos.

—¡Ya! Pero si tus padres se opusieran…

—Sí —admitió él con expresión un tanto huraña—; eso traería complicaciones. De momento, dependo de ellos. Pero todo irá muy bien, ya lo verás.

—En tal caso, alegra el ánimo y vamos a divertirnos un poco, pichoncito.

—Sí…

Ella se levantó.

—¿A dónde vas? —inquirió Richard.

—A buscar la botella de ginebra. Al parecer, necesitas algo más para animarte que un par de botellas de cerveza.

—Espera —le retuvo él.

—Está bien —volvió a sentarse Kate—. Pero ¿me dirás de una vez lo que te pasa?

Richard tragó saliva antes de contestar.

—Se ha escapado, Kate —dijo.

—¿Quién se ha escapado?

—Robert Powell.

—¿Bob?

—Sí.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Acabo de leerlo en el periódico.

Kate se puso más blanca que el papel; como un papel blanco, por supuesto.

—¿Estás seguro? —preguntó con un hilo de voz, pasándose la mano por el cuello, como si le faltara el aire para seguir respirando.

—Sí, Kate.

—No… no se atreverá a venir por aquí.

—¿Por qué no?

—Porque temerá que la Policía vigile la casa. Además, mañana ya estaremos lejos de Londres.

—¿Y si viniera esta noche?

—No; no vendrá; Bob no es ningún tonto. Si pretende vengarse de mí, dejará que pasen algunos días. Le conozco bien, y nunca se deja arrastrar por la precipitación. Además…

—¿Qué?

—Si apareciera por aquí, tú me defenderías.

—Por supuesto, pero…

—Vamos, no seas tonto. No ocurrirá esta noche. Cuando Bob quiera ajustarme las cuentas, el nido ya estará vacío.

—De acuerdo —intentó sonreír Richard—. Sírveme un poco de ginebra.

Poco después, ya más animados por el alcohol, iniciaron los preliminares de su alegre despedida londinense.

Ninguno de los dos imaginaba que, decididamente, iba a ser definitiva.

Del mismo modo que cambia una secuencia en una cinta cinematográfica, cambió el enfoque de mí «visión».

No había pensado en Stone ni en Winkler en todo el día, pero, por lo visto, no pude apartarlos del todo de mi subconsciente.

Ahora los estaba viendo en el rincón de aquel *pub*, tomando unas bebidas y hablando entre ellos en voz baja.

El local, lleno del humo de los cigarrillos, estaba casi sumido en la oscuridad.

Varias parejas, con las cabezas juntas y cogidas sus manos,

escuchaban la música que un pálido mozalbete arrancaba de un desafinado piano.

Mis dos compinches, que también contribuían con el mayor entusiasmo, con el humo de sus apestosos cigarros, a enrarecer el ambiente, hablaban muy quedo.

Tan quedo, que ni siquiera los ocupantes de la mesa contigua, dos tortolitos que se morreaban con el mayor entusiasmo, habrían podido percibir, en el caso de que prestaran atención, ni una sola palabra.

No era este mi caso, naturalmente.

Al parecer, mi desdoblamiento extrasensorial se había producido en el momento oportuno.

—Si el número de esa cuenta secreta estuviera en nuestro poder —estaba diciendo Stone—, otro gallo nos cantaría.

—Pero no lo está —se lamentó Winkler.

—¡Ya lo sé, maldita sea!

—No —gruñó Winkler, mientras reseguía con el dedo los húmedos círculos que la parte inferior de su jarra de cerveza había dejado sobre la mesa.

—Si lo hubiéramos tenido —prosiguió diciendo Stone, sacando humo hasta por las orejas—, nos habríamos ahorrado un sinfín de molestias.

Stone añadió:

—¡Y dinero!

—¡Seguro! —asintió Stone.

—De haberlo conocido, habríamos dejado que ese cerdo de Bob se pudriera en la cárcel.

—Tal vez…

—¿Qué?

—Tal vez se habría escapado sin nuestra ayuda.

—No lo creo.

—Bob es un tipo muy astuto.

—¡Bah! No tanto como él se imagina; la prueba está en que se dejó engañar como un pipiolo por esa pequeña zorra.

—Bueno —hizo una mueca Stone—, ningún hombre es nunca lo bastante astuto para librarse de caer en la trampa que le tiende una fulana con algo de cerebro y las curvas bien puestas.

—Aunque se hubiera escapado —dijo el otro—, su hazaña no le

habría servido de nada. Nosotros ya estaríamos en posesión del dinero y disfrutando de él en lugar seguro.

—Sí —sonrió Stone con la misma expresión de una araña que está a punto de atrapar una mosca.

Bebió un sorbo de cerveza, que dejó una mancha de espuma en sus labios, y añadió:

—Pero el resultado será el mismo. Una vez en Suiza, cuando procedamos al reparto del botín, le liquidaremos.

—¡Seguro! —Eructó Winkler, mientras un brillo codicioso asomaba a sus ojillos porcinos—. Nunca estuve muy fuerte en matemáticas, y por eso me resulta más fácil dividir por dos que por tres.

Y prosiguió, repentinamente receloso, escrutando a su amigo con fijeza:

—Pero no vayas a pasarte, Stone.

—¿Qué quieres decir?

—Que si has pensado engañarme…

—¿Yo?

—No me digas que no te ha pasado por la imaginación.

—¡Somos amigos, Winkler!

—¿Y eso qué tiene que ver? También somos amigos de Bob.

—¿De ese engreído? Yo nunca lo fui.

—Ya, ya, pero si supones que puedes quedarte con todo…

—¡Sería una tontería!

—En efecto —replicó con suavidad Winkler—, sería una tontería muy grande.

—¡Oh!

—¡Y peligrosa! Yo no soy tan ingenuo como Bob.

—¡Vaya si lo eres, maldito bastardo! —exclamé—. Tu mayor ingenuidad consiste, precisamente, es suponer que yo lo sea hasta el extremo de dejarme engañar por ti.

En realidad, yo no podía reprocharles que intentaran darme esquinazo.

¿Con qué derecho, puesto que yo estaba dispuesto a hacer lo mismo?

Por supuesto, todas las ventajas estaban de mi parte. Yo no tenía necesidad de esperar a que sacáramos el dinero del banco para meterles una buena ración de plomo en el cuerpo.

La atmósfera del local se fue haciendo más espesa, como si hubiera entrado en él toda la neblina procedente del río.

Bruscamente, el fenómeno de desdoblamiento cesó, devolviéndome a la realidad que se circunscribía solamente a mi entorno inmediato.

Me sentí algo abotargado y con la cabeza más pesada que en otras ocasiones.

Sentí frío y me incorporé para enchufar la estufa eléctrica que Stone y Winkler me habían procurado.

Un trago de *whisky* acabó de reanimarme.

Consulté mi reloj y vi que señalaba las diez de la noche y cinco minutos.

—Bueno —me dije, metiéndome la pistola en el bolsillo—, ha llegado el momento.

Fue entonces cuando, instintivamente, me fijé en la miniatura que había adquirido unas horas antes en la subasta.

Y noté en la pintura algo extraño; algo que atribuí al *whisky* o a una ilusión de mis sentidos.

La ventana de la casa que había en medio del bosque brillaba con mayor intensidad.

De pronto, noté un pinchazo en la nuca y la oscuridad más completa se hizo a mi alrededor.

LA CASA DEL BOSQUE

CAPÍTULO 12

Alicia advirtió, de pronto, que se encontraba al lado de un hongo, que a ella le pareció muy grande a causa de su propia estatura; miró debajo de él y en torno, y luego se dijo que nada perdería con mirar también en su superficie.

Lewis Carroll.

Lo que perdió a Robert Powell —Bob para los amigos— fue su innata curiosidad.

No se le podía reprochar que estuviera un poco emocionado y confuso al encontrarme allí de pie, en el claro del bosque donde se levantaba la misteriosa casa de la ventana iluminada.

La noche era muy oscura y las ramas de los árboles, al ocultar el lejano fulgor de las estrellas, la hacía más tenebrosa todavía.

Si el viento no hubiera movido las hojas y no hubiera escuchado el canto lejano de un ave nocturna, habría creído estar frente a la pintada miniatura.

Pero no se trataba de un cuadro.

Los árboles eran los mismos, con sus troncos retorcidos y leñosos, semejantes a grises fantasmas; la casa era idéntica, pero real.

No estaba soñando.

Bob Powell estaba verdaderamente allí, detenido frente al corto sendero, cubierto de musgo, que terminaba en la puerta entreabierta.

Unas hojas secas, desprendidas de los árboles, revolotearon mansamente a su alrededor hasta posarse en el suelo.

Alzó la mirada y vio una silueta fugaz cruzando al otro lado de la iluminada ventana.

Poco después, sirviendo de contrapunto a los rumores de la noche, llegó hasta sus oídos el eco de una canción.

Era una voz de mujer, triste y melancólica, parecida a un lamento.

Bob Powell escuchó atentamente, paralizado por la monótona y dulce cadencia que le llegaba desde la ventana.

Si Powell hubiera leído *La Odisea*, habría imaginado que la desconocida que cantaba en el interior de la casa era una de las sirenas que encantaron a Ulises en su viaje de regreso a Ítaca.

—Nunca había escuchado nada tan maravilloso —murmuró.

La melodía le recordó la canción de cuna que le cantaba su madre para dormirle en los lejanos tiempos de su infancia, cuando todavía no había perdido la inocencia y no se había convertido aún en carne de presidio.

La canción cesó, y el silencio que se produjo a continuación le ocasionó una infinita tristeza.

De pronto, un rostro apareció en la ventana.

Era una mujer joven y hermosa, de cabellos dorados, cuyos ojos eran tan brillantes como dos estrellas.

—Ven —le dijo la muchacha.

Y no escuchó su voz en los oídos, sino en lo más profundo de su corazón.

Bob Powell avanzó lentamente por el sendero, dispuesto a cruzar la puerta de la casa.

Las ramas de los árboles se agitaron y el viento que pasó silbando alrededor de los arrugados troncos lanzó un susurro de advertencia.

—¡Detente! ¡No entres!

Bob Powell, indeciso, alzó otra vez la mirada hacia la ventana.

Ella seguía todavía allí, sonriéndole con dulzura y agitando su blanca mano.

—Ven —repitió.

—¡No entres! —Silbó el viento.

Algunas ramas sarmentosas se alargaron hacia él para detenerle, pero las apartó con brusquedad.

Los goznes de la puerta chirriaron.

Bob Powell, dejando a sus espaldas las tinieblas del bosque, entró en la casa.

Una luz vivísima le cegó y le hizo cerrar los ojos.

Cuando los abrió, observó que se hallaba en un inmenso salón

lujosamente decorado, cuyas paredes estaban tapizadas de rojo. Centenares de bujías brillaban en unos enormes candelabros y en las lámparas que pendían del techo.

A un lado de la estancia había una gran escalinata que conducía al piso superior.

En lo alto del rellano, vestida con un traje blanco, la joven de la ventana le observaba en silencio.

—¿Quién eres? —preguntó Bob Powell.

—Ven —le respondió la muchacha vestida de blanco.

Bob Powell empezó a subir la alfombrada escalinata, mientras las bujías que lucían en los candelabros y en las lámparas se iban apagando una a una.

Aunque la oscuridad se fue haciendo a su entorno, allí, en lo alto del rellano, apoyada en la dorada baranda, podía ver a la hermosa joven nimbada por la luz que salía por la puerta de una habitación.

El vestido de la joven parecía confeccionado con rayos de luna. En su cuello lucía un collar de perlas y en su mano izquierda refulgía un anillo de brillantes.

Pero nada era comparable al brillo de sus ojos, azules como el mar, y como él tan profundos y misteriosos.

Cuando Bob Powell estuvo junto a la hermosa desconocida, ésta le tendió las manos.

—Ven —le dijo—. ¡Te esperaba!

—¿Quién eres? —volvió a preguntarle Powell.

—Mi nombre no te diría nada.

—¿Cómo te llamas?

—Tengo muchos nombres.

Bob Powell, temblando de emoción y de deseo, enlazó a la joven por el talle.

—¿Dices que me esperabas? —preguntó.

—Sí —sonrió ella con melancolía.

—Yo —murmuró el expresidario, hundiendo su rostro en los perfumados cabellos de ella—, te presentía.

—Sí, ya lo sé.

—¿Vives sola en este lugar?

—Yo siempre estoy sola.

—A partir de ahora, ya no lo estarás nunca más. Vendrás conmigo, y te conduciré a otro lugar, lejos de esta casa, perdida en

medio de este extraño bosque.

—No, no es posible.

—¿Por qué? Tengo dinero, mucho dinero. En la tierra hay lugares muy hermosos, donde siempre luce el sol…

—Ya estuve en esos lugares.

—¿Tú?

—Sí.

—Pero no conmigo.

—Eso es cierto —respondió ella con una sonrisa enigmática y algo triste.

Bob Powell volvió a estrecharla entre sus brazos, pero ella le apartó con suavidad.

—Ven —le dijo.

Y le tomó de la mano para guiarle hasta el interior de la habitación que estaba a sus espaldas.

La habitación parecía un jardín.

Grandes plantas trepaban por las paredes y por el techo, formando una especie de inmenso invernadero.

El suelo estaba cubierto de pétalos de rosas, de los que se desprendía un embriagador perfume.

La joven se sentó sobre el mullido suelo, invitando a Bob Powell a situarse junto a ella.

Unos pájaros de policromado plumaje revolotearon silenciosamente sobre los dos.

—Tómame —dijo la muchacha, reclinando su cabeza en el pecho de él.

Bob Powell se inclinó sobre la muchacha y buscó sus labios.

De pronto, cuando su boca iba a rozar la de la hermosa desconocida, lanzó un alarido de asco y terror.

—¡No! ¡No!

Ya no era una hermosa joven lo que estrechaba entre sus brazos, sino el cuerpo de una repugnante vieja, cuyo rostro se parecía al de una calavera.

Su vestido ya no era blanco, fabricado con rayos de luna, sino negro como el ala de un cuervo.

¡Del color de uno de aquellos cuervos que ahora, emitiendo agudos chillidos, revoloteaban sobre su cabeza!

—¡Aparta! —gritó Bob Powell, lleno de asco, golpeando con los

puños el cadavérico rostro de la mujer—. ¿Quién eres?

—Ya te he dicho que tengo muchos nombres.

—¡Sí! —Comprendió él de repente—. ¡Ya sé quién eres! ¡Eres la Muerte!

Ella le cubrió con sus sucios andrajos y la oscuridad más completa le envolvió.

Desesperado, Bob Powell logró zafarse del abrazo de la horrible calavera y, con los brazos extendidos, corrió hacia la ventana, arrojándose por ella.

Mientras caía, antes de que su cabeza chocara sobre el húmedo asfalto de la calle, pudo ver los guiños que le hacía la luz de aquel anuncio luminoso y escuchar la sirena de un barco que, en medio de la neblina, cruzaba por debajo del Chelsea Bridge.

Varios agentes uniformados apartaron a los curiosos, para dejar paso a la ambulancia.

—Está muerto —dijo uno de ellos.

—No me extraña —movió la cabeza otro—. Se ha tirado por la ventana del cuarto piso.

El primer agente enfocó su linterna sobre el rostro del hombre.

—¡Diablos! —exclamó—. Esta cara no me es desconocida. ¡Claro que no! Se trata de Robert Powell, el tipo que se fugó hace dos días de la prisión de Kingston.

—No ha ido muy lejos —comentó su compañero.

Pero no era así. Robert Powell —Bob para los amigos— se había ido tan lejos que, por más que lo intentara, jamás encontraría el camino de regreso.

FIN

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más encontrará en las novelas de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una de estas novelas, rigurosamente inéditas, no podrá dejarla hasta llegar al final.

Ese es el propósito de los grandes AUTORES, que le ofrecen sus mejores obras en la colección.

TOP SECRET

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.